



REVISTA DE ESPAÑA

COMITE DIRECTIVO

ANTONIO ESPINA

ADOLFO SALAZAR

JOSE DIAZ FERNANDEZ

S U M A R I O

Después del primer número, Editorial.—La verdadera normalidad, Editorial.—Lo que hay que constituir, Editorial.—La Dictadura responsable, Editorial.—El partido radical-socialista, Editorial.—Vieja política: Cortes Constituyentes, Alvaro de Albornoz.—Defensa de la Dictadura o elogio de Mustafá, Corpus Barga.—La masa en la literatura, Julián Zugazagoitia.—Don Miguel de Unamuno, Editorial y dibujo de Marzas.—El Ateneo de Madrid, Alardo Prast y Beltrán.—¡Fuera Cambó!!!, Editorial.—La crisis de nuestro cambio, J. de Abendaño.—España y la nueva arquitectura, F. García Mercadal.—Hay que socializar la cultura, Rodolfo Llopis.—Rifi-Rafe, Editorial.—Carta de Berlín sobre la crisis del Teatro, F. Fernández Armesto.—Caricatura, Maside.—Cuatro diálogos familiares de Cervantes (conclusión), Azorín.—Cinema, arte de muchedumbres, José de la Fuente.—Universidad: Aconfesionalismo y política, José López Rey.—Romanticismo y academia: un siglo de experiencia (conclusión), Adolfo Salazar.—Cartas de París: El drama de una generación, J. G. Gorkín.—Caricatura internacional, Rivero Gil.—Interrogante de Panait Istrati en Toledo, Ramón J. Sender.—Lo que diría Panait Istrati, Editorial.—Los libros: Las cuestiones fundamentales del Marxismo, Antonio de Obregón. Henri Colet, *L'Exor de la Musique espagnole du XX siècle*, A. S.—G. Marañón: Amor, Conveniencia y Eugenesia, Antonio Abaunza.—Hypatia, Dora Russell, A. E.—Antonio Marichalar: Riesgo y Ventura del Duque de Osuna, R.—La Quincena Internacional: La limitación de armamentos, Editorial.—La Conferencia Naval, Editorial.—¿Ofensiva antisoviética?, Editorial.—Resonancias, Editorial.—Información literaria: Alemania.—Pasó la Dictadura, Antonio Espina.—El once de febrero, Editorial.—Cosas del vetusto «Heraldo», Editorial.

AÑO I

NUM. 2

35 CTS.

Ayuntamiento de Madrid



EDITORIALES

DESPUES DEL PRIMER NUMERO

No es por seguir la costumbre periodística, sino porque nos importa mucho señalar el éxito del primer número de NUEVA ESPAÑA, por lo que escribimos esta nota.

Nuestra tirada de 35.000 ejemplares hubo de agotarse en muy pocos días, hasta el punto de que muchas poblaciones importantes han quedado sin paquete. La Prensa liberal de Madrid y parte de la de provincias, nos ha saludado con las mejores palabras. Y hasta hemos tenido el honor de ser mal recibidos por La Nación, que era uno de nuestros objetivos. De todas partes nos escriben los elementos liberales, animándonos a continuar con los propósitos de nuestro programa, es decir, liberalismo, democracia, socialismo, laicismo, republicanism. Unicos ismos que intentamos, porque los demás de la vanguardia anacrónica en arte y literatura no nos interesan para nada.

A este propósito, tenemos que insistir en que nuestra revista no es para minorías. Es para mayorías y minorías. No se trata de una revista atacada de sarcasmo literario como las que hemos visto nacer y morir en estos últimos años al amparo de la Censura. Revistas que disimulaban, bajo la superfluidad tipográfica, el vacío mental de sus redactores. NUEVA ESPAÑA quiere llegar a muchas zonas de público, sobre todo a aquellas donde predomina la preocupación política, que ha llegado a alcan-

**SUSCRÍBASE A
"NUEVA ESPAÑA"**

zar, entre nosotros, caracteres dramáticos. Por eso su presentación es sencilla y su acento actual. Trataremos, sin embargo, de corregir en números sucesivos algunas imperfecciones materiales del primero.

LA VERDADERA NORMALIDAD

Conviene fijar de una manera estricta y no dejar de recordarlo constantemente, que el Gobierno Berenguer no ha venido más que a restablecer la normalidad constitucional y a convocar y llevar a cabo unas elecciones generales. Una vez hecho esto, la misión del Gobierno Berenguer—según propia declaración del presidente—habrá terminado.

Las Cortes son, pues, la desembocadura natural y legal de la situación, y en ellas deberán ventilarse en definitiva los problemas nacionales pendientes.

Para nosotros, republicanos, el problema fundamental es el del Régimen. A nadie podrá extrañar que para nosotros, republicanos, no haya soluciones verdaderamente aceptables dentro de la Monarquía. Lo que ahora se nos ofrece es una vía libre, un cauce de legalidad a la acción política de las izquierdas.

Si, como es de esperar, el Gobierno cumple sus bellas promesas, podrán actuar las izquierdas de dentro y fuera de la Monarquía a plena luz, luchando

NUEVA ESPAÑA

REVISTA QUINCENAL

Año — 15 de febrero de 1930 — N.º 2

Redacción, Administración y Talleres:

ALTAMIRANO, NUMERO 18

MADRID

Teléfonos números 40643 y 40505

por el logro de las diversas integrales aspiraciones. La clandestinidad no tendría objeto desde el momento en que todos los ciudadanos disfruten de ese minimum de garantías y derechos que otorga la Constitución del 76.

Pero esta Constitución solo puede ser válida hasta la apertura de Cortes. Lo que en ella y en sus leyes complementarias consta respecto a la libertad de pensamiento, de reunión y de propaganda, o sea de absoluta libertad de Prensa y de tribuna pública, deviene indispensable a todos los partidos políticos para preparar y realizar sus farsas: las elecciones.

Después de verificadas éstas, las Cortes deben funcionar en Asamblea Constituyente. La Constitución del 76 ya no convence a nadie. Caduca, vieja, indecisa, la rechazan hasta los más recalcitrantes conservadores — liberales de mote —, como el conde de Romanones. Porque para los conservadores, la voluntad real no debe correr el riesgo de presentarse ante el país en abierta disparidad con las Cortes. Y para los liberales, por tibios que sean, no resulta admisible la posibilidad, también peligrosa, del veto.

En suma: el decrépito tinglado canovista que se llama Constitución del 76, no debe ser otra cosa que un tránsito, un puente, como lo es el propio Gobierno actual, entre la Dictadura y la futura normalidad.

La misión del Gobierno termina en los umbrales del Congreso. Una vez elegidos por sufragio universal los representantes del país, en ellos, y sólo en ellos, ha de residir la potestad ilimitada y el ejercicio del Poder para hacer y deshacer leyes fundamentales; para elaborar una Constitución; para estructurar de nuevo el Estado español. Y de entre ellos debe salir el Gobierno legítimo de España. La verdadera normalidad.

LO QUE HAY QUE CONSTITUIR

Los periódicos y los hombres de más distintas tendencias claman estos días por unas elecciones. Si el panorama de la vida pública española fuera el que debiera ser, después de una Dictadura de más de seis años, nosotros no pediríamos unas elecciones: pediríamos algo más radical y ejecutivo. Pero en política no se debe contar sino con realidades. Y la realidad de ahora nos aconseja a los hombres de más extrema izquierda intentar una actuación pública por medio de las urnas. De mo-

mento, las energías nacionales no dan para más.

Pero, ¿qué clase de elecciones postulan los políticos de significación dinámica? Quieren, sencillamente, unas elecciones generales por el mismo procedimiento de la Constitución del 76. Algunos de ellos son los mismos que ayudaban en la Asamblea a confeccionar aquel frustrado Estatuto real con el pretexto de que era preciso dar al país una nueva Constitución. Los políticos españoles, siempre tan consecuentes. El señor Maura Gamazo, pretendido hombre nuevo, fué uno de los asambleístas que tomaron parte en la redacción de aquel proyecto, y ahora acepta la Constitución del 76. Lo mismo le sucede al Sr. Cambó, otro hombre, también muy nuevo, que fué ministro en el antiguo régimen. Igual piensa el señor Ossorio y Gallardo, a quien, al parecer, también le ha brotado en los seis años de Dictadura una virginidad política. Los que van más allá, el Sr. Sánchez Guerra, por ejemplo, llevan un programa constituyente; pero, ¿cómo es posible que el programa constituyente del señor Sánchez Guerra pueda satisfacer las aspiraciones esenciales de las izquierdas españolas?

Votamos por una Constitución que transforme la fisonomía espiritual de España y afecte desde la forma de gobierno a los derechos sociales de los trabajadores; que garantice la libertad de pensamiento y module de manera diferente las relaciones entre la Iglesia y el Estado para afirmar un Estado laico donde todas las religiones tengan iguales respetos y deberes; que garantice la responsabilidad de todos los Poderes y mantenga sin debilidad los fueros civiles.

Unas Cortes con ese programa, capaces de extirpar toda suerte de privilegios tradicionales, podrían poner en marcha la vida española, sin que esto quiera decir que estuviera todo hecho en medio de un mundo preparado para las más atrevidas experiencias sociales.

LA DICTADURA, RESPONSABLE

A la pacificación de los espíritus debe seguir el examen estrecho de responsabilidades. Las de orden político y las de orden administrativo, porque unas van envueltas en otras, tratándose, como se trata, de gobernantes para los cuales no existía el control de las Cortes, ni siquiera de la ley de Contabilidad del Estado. Más de seis años de impunidad dictatorial no pueden quedar borrados con una dimisión. Los atropellos gubernativos, las multas extralegales, los abusos en Justicia, Hacienda, Instrucción pública y Ejército, la burocracia que cobra por recibo en el ministerio del Trabajo, las suspensiones y persecuciones a funcionarios y particulares: todo debe ser investigado y castigado con arreglo a las leyes, puesto que el Gobierno Berenguer trata de moverse dentro de la órbita de los Gobiernos legítimos.

Sabemos que el presidente actual se propone esclarecer las responsabilidades administrativas y entregar a las Cortes

las que tengan carácter político. La doctrina no es censurable; pero lo que es preciso recabar del Gobierno es que los actos administrativos tengan una sanción inmediata, con arreglo a las leyes en vigor, y que los responsables legales de ellos sean entregados a los Tribunales de Justicia, sin perjuicio de que las Cortes sancionen abusos específicamente políticos.

El ex dictador confesó palmariamente una inversión ilegal de fondos con motivo de la baja de la moneda, y el entonces ministro de Hacienda, Sr. Calvo Sotelo, no rechazó la acusación. Existe, además, una función que hay que depurar, la del Banco de Crédito Local, del cual son acreedores muchos Ayuntamientos que acordaron gastos en pugna con las leyes vigentes y pusieron en vigor tributos a todas luces ilegales. A juicio nuestro, no pueden aplazarse las inspecciones gubernativas a los organismos locales y provinciales, hechas con la máxima energía y publicidad, para satisfacción de los contribuyentes.

EL PARTIDO RADICALSOCIALISTA

Queremos recoger los puntos principales del programa que acaban de lanzar en un manifiesto los organizadores del partido republicano radical socialista. En estos momentos nos parece un repertorio avanzado de las soluciones políticas de España que hay que propagar sin desmayos.

El nuevo partido proscribire el caudillismo y afirma en su seno la democracia; aspira a una nueva articulación del Estado español, a base federal, con las autonomías municipales y regionales; presenta como sistema de Gobierno el republicano democrático, a base del sufragio universal, el «referéndum», la iniciativa, la revocación; defiende el laicismo, el Jurado (civil y criminal), la renovación del Código civil y la abolición de la pena de muerte. Pide la reducción del Ejército; una política antiplutocrática; un régimen fiscal que, desgravando el trabajo, sea inexorable con la renta; supresión de latifundios minifundios, redención de cargas y colonización del suelo. Participación de los obreros en la soberanía económica; elevación de los derechos del trabajo a derechos constitucionales. Libertad religiosa, de enseñanza y de imprenta. Anuncia, además, la creación de un Secretariado Técnico, que ilustre al afiliado y elabore las conclusiones y reformas complementarias.

Convencidos, como estamos, de que la actuación civil es indispensable para poner en marcha la anquilosada existencia política de España, aplaudimos los propósitos de ese grupo y le auguramos una excelente participación en la obra del futuro.

**Este número
ha sido re-
visado por
la Censura.**

IDEAS POLITICAS

Vieja política: Cortes Constituyentes

por

ALVARO DE ALBORNOZ

Lo primero que hicieron los revolucionarios franceses de 1789, fué reunirse en Asamblea Constituyente. Y librenos Dios de pensar que fué su obra cosa enteramente superflua. Somos lo bastante humanos y lo bastante líricos para conceder alguna importancia a la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*. Pero es indudable que los "constituyentes" de 1789, padres de todos los "constituyentes" de Europa, divagaron un poco. ¿Se puede dar, por ejemplo, nada más inútil que el gran debate sobre la abolición de los derechos feudales? Mientras los sabios jurisconsultos procedentes del Parlamento de París y de los Parlamentos de provincias disertaban tan amplia como pesadamente acerca de la indemnización y del rescate, el pueblo iba derecho a los castillos, quemaba los Registros de la propiedad y se repartía las tierras de los nobles. Eran dos revoluciones: la de hecho y la legal. Mientras la revolución material marchaba, la jurídica se detenía ante los gloriosos apotegmas consagrados por Bolonia y por la Sorbona. Y cuando la Asamblea Constituyente dió por terminados sus trabajos, la legislativa vino a empeorar la situación en que se encontraba Francia. De todas las asambleas de la Revolución francesa, sólo tuvo sentido político la Convención. Marat, un loco furioso según los historiadores, era un clarividente. Y el rectilíneo Robespierre, en quien la posteridad sólo vió un sectario y un fanático, era todo un político. Con las vacilaciones de la legislativa, los emigrados hubieran vuelto en triunfo, a retaguardia de los ejércitos de Brunswik. La Convención, en la que se reflejaba el instinto popular, tuvo la visión clara y rápida del momento y la voluntad ejecutiva de sobreponerse a todas las dificultades. No hacían falta un sanhedrín ni un areópago; lo que hacía falta era un Comité de Salud pública.

Pero la Asamblea Constituyente, con sus grandes oradores a lo Mirabeau y sus sabios jurisconsultos, era más teatral. Era, según decían sus panegiristas, "la tribuna del Mundo". Esta tribuna debía pasar a la Historia como una especie de Sinaí revolucionario. De entonces datan la fascinación y el prestigio que la palabra "constituyente" ha ejercido durante más de un siglo sobre las imaginaciones revolucionarias. Donde quiera que se ha reunido un puñado de revolucionarios no ha podido faltar una "Asamblea constituyente". Lo primero de todo en las revoluciones clásicas es fulminar, entre relámpagos y truenos de elocuencia, una solemne declaración de derechos.

A esta venerable tradición responden nuestras Cortes Constituyentes del siglo XIX. Las de Cádiz, que se reúnen en medio de una emoción religiosa y afirman los principios más elevados y más nobles con una fraseología de idilio, son un monumento de ingenuidad. Como si no las acechara la perfidia fernandina, proclaman la soberanía del pueblo después de prescribir a todos los españoles el deber de ser justos y benéficos. Asombra el candor de aquellos hombres insignes, que se esforzaban en grabar una nueva Constitución política sobre la arena de las playas gaditanas...

Después de las Constituyentes de 1854, disueltas a cañonazos—los cascos de metralla penetraban por las claraboyas del Congreso—, se alza la tribuna de 1869. "Que la nación, soberana, decida en Cortes Constituyentes", habían

dicho los caudillos de la revolución. Espartero, desde su retiro de Logroño, correspondiendo al saludo de las Cortes Constituyentes, repetía su frase célebre: "¡Cúm-

plase la voluntad nacional! ¡La voluntad nacional!" El Gobierno, cuyo verdadero jefe era Prim, manifestaba su propósito de respetar la voluntad nacional... monárquica. Sagasta, que desempeñaba el ministerio de la Gobernación, lanzaba sus famosas circulares electorales, en que la forma de gobierno era pre-juzgada. No sólo aquellas Cortes revolucionarias hicieron una Constitución monárquica, sino que, derribado el Trono secular, distribuyeron por Europa emisarios que solicitaran un rey en las mayordomías de todos los palacios. La corona de España era ofrecida a las viejas Casas reinantes y a las nuevas dinastías improvisadas. ¡Y eran las Cortes Constituyentes de la revolución las que daban tal espectáculo! En vano los republicanos, que se habían prestado, aunque de buena fe, al juego de progresistas y unionistas, se llamaban a engaño. El porvenir de la revolución es-

DEFENSA DE LA DICTADURA o elogio de Mustafá

por
CORPUS BARGA

Cuando un país se halla en estado anacrónico—como Turquía se hallaba—por sus ideas y sentimientos, por sus usos y costumbres, por su religión, su milicia y su política... ¡viva la dictadura de Mustafá! ¡Viva!

¡Viva la dictadura que ha puesto patas abajo la pirámide invertida del Estado en donde el hombre del pueblo se apoyaba en el señor local; éste, en el político de la ciudad, y éste, en el personaje de la corte!

Para asentar la base del poder en la base de la sociedad, ¡vivan la dictadura de Mustafá y la del proletario!

¡Viva la dictadura que ha concluido con la burocracia militar, el ejército de guerra civil, la sumisión a la política extranjera, las capitanías de siete colas y la parada de generales! Para poner los cinco muelles a la afilada arma nacional, ¡viva la dictadura del Gran Turco o de quien sea!

¡Viva la dictadura que ha suprimido la burocracia eclesiástica y monástica, empezando por el califa o papa turco y acabando por los derviches o canónigos giratorios! Para hacer que el Estado sea independiente de la Iglesia y que los conventos no tracen las calles de la ciudad y poner fin al poder anacrónico del papado, ¡viva la dictadura de Mustafá y hasta la de Mussolini!

¡Viva la dictadura antitradicionalista, anticasticista en artes y estudios! Para cultivarse, para modernizar, ¡viva la dictadura de Mustafá o del soviét, que ha cambiado su alfabeto por el latino y más universal a la única literatura moderna y clásica, la literatura del «griego» Tolstoi y del «trágico» Dostoievski!

¡Viva la dictadura que ha arrancado el velo hipócrita a la mujer! Para que la mujer no sea una vaca, sino una persona con la libertad y los riesgos que son la delicia de la vida, ¡viva la dictadura turca, o la rusa, o la china!

¡Viva la dictadura que ha dado, que está dando un tirón de siglos a los pueblos retardatarios!

Mustafá no sería Mustafá si, después de su dictadura, su patria siguiera siendo el único país en donde el Estado no es independiente de la Iglesia, la mujer no se puede divorciar del hombre, los conventos y los cuarteles son más numerosos que los hospicios, los hospitales y las fábricas; la escuela del pobre no es la del rico, la mentalidad pública retrasa y los jóvenes revolucionarios de la cultura creen todavía en el valor actual del dios de la escolástica, del espiritualismo de los místicos, del lirismo del romancero y del dramatismo del teatro clásico.

Pero, Mustafá, ha sido Mustafá. Su dictadura ha sido dictadura; si ha sido dura ha tenido algo que dictar, y la Humanidad, hasta en Turquía, estaba madura. ¡Viva la dictadura de Mustafá!

Ayuntamiento de Madrid

voluciones clásicas, nos será lícito tener un concepto diferente de lo que debe ser la política moderna. Y no se nos mo-tejará de impío si ante el pórtico del prestigio de las Cortes Constituyentes—columnas, frisos, esculpidos leones simbólicos—, no nos sentimos inclinados a la reverencia.

Estamos a leccionados por el fracaso de todas las revoluciones que han confiado sus destinos a un simulacro del sufragio universal. Desde la Asamblea Nacional francesa, en que se enlazan el gorro frigio jacobino y la lira de Lamartine, a las experiencias rusas anteriores a la revolución de octubre, está bien acreditada la ineficacia del romanticismo "constituyente". Queremos para las obras de transformación radical de nuestro país un instrumento tan fuerte como ágil, tan seguro como rápido.



LA MASA EN LA LITERATURA

por

JULIAN ZUGAZAGOITIA

Me acuerdo perfectamente de la cantidad de antipatía con que nosotros, jóvenes con unos anhelos claros y rebeldes, recibíamos la palabra «masa»—su concepto—en nuestras conversaciones. ¿Qué es la masa? Un conglomerado de individualidades capaces de ser arrastradas, por carencia de norte, por falta de motor propio, en cualquier dirección. Y si algo nos importaba era, cabalmente,

desarticular la masa, dotando a cada uno de sus componentes de una emoción entera, de un anhelo concreto que calentase su vida y la dotase de ansiedad y de sentido. ¡Cuánto hicimos porque semejante cosa sucediese! No se quería, ni aun dentro de su casa, el rebaño. Se deseaba poder extender a cada unidad la cédula de su pasión y de sus convicciones. Todavía se trabaja—ahora con nuevos elementos—en la misma faena. La labor no ha sido estéril. La masa sigue dando lo que puede dar: individualidades fuertes, voces vigorosas, hombres fuertes, del taller y de la mina, que al tanto de su nueva responsabilidad encienden su lámpara en la noche y se acomodan en la mesa frente al libro abierto. Entre tanto, la masa subsiste y bueno es que así sea. Ortega y Gasset ha observado su predominio; pero hasta ahora ese predominio de la masa es puramente pasivo. La masa ha hecho acto de presencia en la vida un poco tímidamente y todos sus derechos sobre ella los compra. Falta lo mejor. El menos avisado puede comprenderlo. Falta que la masa se resuelva a apoderarse de la vida y la lleve, prisionera de las lanzas de sus deseos, por un nuevo camino, por un sendero inédito. El predominio, pues, es cierto; no más que está en su comienzo. Y todo se andará. El sentido individual de la vida deviene en un sentimiento colectivo. Del fenómeno hay pruebas materiales. Aquí mismo, entre nosotros, es fácil verlas.

Falta, sin embargo, la prueba espiritual. En lo literario, la masa no cuenta nada. Si atendemos al sentido de la literatura de vanguardia—aceptemos la denominación, aun cuando resulte extraordinariamente falta de justeza—, tal suceso se nos aparece clarísimo. Para ella, la masa es algo despreciable. Ruin. Miserable. ¿Qué tiene ella que ver con las manifestaciones de la inteligencia? En absoluto: nada. La literatura pretende confinarse en un círculo de sensibilidades

particularmente despiertas y avisadas. Literatura de alusiones y de secretos, de la que aparecen prosriptas todas las efusiones humanas, raída la emoción. Bien está. Es una manera plebeya de ser aristócratas. La aristocracia de quien, no estando muy seguro de poseerla auténticamente, necesita doblar sus desdenes a cada instante para, de esa manera antipática, probar indirectamente la pureza de su ascendencia. Yo he encontrado en el pueblo uno de esos aristócratas, por supuesto, sangre en exceso popular es la suya, que en su furor aristocrático llegó a lamentar, públicamente, que se consintiera al artesano el uso de la corbata. El vanguardista le niega, por su parte, el gozo de la literatura. En el fondo de esas negativas no hay otra cosa que estupidez. No es cosa de enfadarse demasiado. El reaccionario se disimula mal.

¿Quién no reconoce en el literato vanguardista al ultramoderno que niega a la masa el derecho a ejercer determinadas prerrogativas políticas y civiles? Insisto: no es para enfadarse. Después de todo, nuestra literatura de vanguardia, deducida la obra de dos o tres escritores auténticos, carece de importancia. Es un entretenimiento de señoritos que ensayaron antes, con mala fortuna, a escribir versos de la vieja escuela romántica.

Y entre tanto, la masa espera su incorporación a la literatura. Y la literatura, la nuestra, claro, aguarda la llegada de la masa para alcanzar el tono de la época. Si nos fijamos en nuestra novela, notaremos inmediatamente hasta qué punto es lamentable aquella ausencia. Todo se vuelven en ella conflictos domésticos, el viejo protagonista, con sus millares de nombres diversos y las mismas aventuras derivadas de su apetencia carnal más o menos licita. Otra de las cosas que más sorprenden al lector de novelas es el papel secundario y triste que corresponde en ellas a la mujer. ¿Hasta cuándo? El novelista no ha sabido, o no ha querido, el resultado es el mismo, aproximarse a ese otro mundo, donde la vida tiene un sentido de gran tragedia, a estas masas proletarias nuestras transidas de dolores y ambiciones de justicia. ¡Cuántas novelas por escribir! Novelas en que el protagonista es esa muchedumbre cansada en el trabajo, vilipendiada en la vida y que, sin embargo, está operando el milagro de cambiarla. El vanguardista ha extremado el desdén; pero la verdad es que el desdén existía antes de que él naciese. Sólo algunos conatos de incorporación de la masa hay que señalar en Baroja, y viniendo más a nuestros días, en Valle-Inclán, caso clarísimo de verdadera literatura de vanguardia.

Y es que todavía no hace mucho tiempo, había el miedo a que se tildase al nove-



J. M. A. 1925

925

Don Miguel de Unamuno

Al entrar de nuevo en España D. Miguel de Unamuno, después de seis años de exilio, queremos renovar nuestra adhesión. Adhesión al gran profesor de todo, de todo; pero, sobre todo, de conductas. Cuando la conciencia civil sufría en nuestro país la crisis más atroz, por su boca y por su gesto ardía allá en la frontera la llama del espíritu. En medio de tantas curvas como trazaron la adulación, la cobardía y el servilismo, él supo permanecer erguido y vertical como una contraseña por la que pudiera aún reconocernos el mundo civilizado. Salud, D. Miguel, grande y auténtico patriota. Gracias a usted, a usted y unos pocos más, no se ha perdido todo.

Ayuntamiento de Madrid

lista de sociólogo si se aproximaba en demasía al mundo del trabajo. Resultaba mucho más distinguido y menos expuesto atenerse a la anécdota socorrida de los autores frustrados, por los que se llegó, en declinación, a la novela pornográfica. Cambiaba, en poco, el protagonista. Se hacía entretenido de alto coturno y el lector asistía, por deliberada voluntad del novelista, a su trabajo. A partir de ese momento, y como una expiación de esos desafueros, es cuando surge el grito afónico de los vanguardistas, que cierran unánimes contra todo el pasado y postulan un presente de incongruencias y alucinaciones. Y antes y después, la masa se queda de puertas afuera, como cosa sin valor ni precio. Y ello coincide con la apetencia vital de la masa, con su deseo de adueñarse de la vida. Si dejásemos pasar este momento único sin hacer entrar esa misma masa en la literatura, no sería pequeña la sorpresa de quienes mañana se tomasen el trabajo de estudiar nuestro fenómeno literario, al verlo tan absolutamente indiferente a uno de los sucesos capitales de la vida moderna: el predominio de lo popular. En ese sentido, no

poco—sepárese el estilo, si es que no agrada—lo que debemos a Galdós. Para juzgarle sin error no hay más remedio que meterse en su época—ritmo lento, excelencias de la vida burguesa, limitación de panoramas—y notaremos cómo el novelista fué fiel al medio. Es imposible volver sobre sus temas, como es igualmente imposible remedar el susto político con que se recibió el nacimiento de las ideas socialistas. Hay una exacta correspondencia entre aquel miedo, cuajado de maldiciones, de sarcasmos y de ironías—que más tarde fueron burlas y calumnias—y la literatura. El político—caudaloso y torrencial en sus expansiones verbales—, abominó; el literato, se abstuvo. Fué más discreto. Construyó su obra con los materiales—emociones—que la época le deparaba.

Nuestra situación ante el futuro sería mucho más lamentable si persistiésemos en desdeñar las emociones de nuestro tiempo. Gómez de la Serna ha postulado la necesidad de ser «porveniristas». La interpretación de ese postulado es libre. Para mí no ofrece duda. Yo estoy plenamente persuadido de que el porvenir pertenece a esa masa hasta hoy des-

leñada social y literariamente, a estas masas proletarias que ya han significado su decidida voluntad de intervenir en la vida, a la que traen una tónica nueva. ¿Persistirá la literatura en sus clásicos desdenes? ¿Comprenderá, al cabo, su deber? Los vaticinios no sirven para nada en esta ocasión. Desconfío de un arte marxista, no creo en su existencia; los propios escritores proletarios rusos no han sabido—hasta ahora, al menos—anunciarlo. Pero no hace falta que el arte se haga político para que pueda facilitar el ingreso de la masa en su recinto. Ahora bien: de que los escritores alcancen el deber de la hora dependerá, no sólo su porvenir como tales—circunstancia dependiente, a la vez, de la calidad de la obra—, sino también el predicamento que merezcan como hombres. Seamos, en efecto, porveniristas, y porveniristas, no solamente de un credo estético—a quien le nacerán debeladores—: porveniristas de un credo social y humano. ¡Feliz la pluma que sepa servir a la justicia! No carecerá, a su hora, de la admiración multitudinaria de la masa.

EL ATENEO DE MADRID

SUS VICISITUDES BAJO LA DICTADURA

Difícilmente podrá llevar a feliz término el actual Gobierno su deseo de «pacificar los espíritus», manifestado en nota oficiosa el día de su advenimiento al Poder, mientras queda en pie, y sin la reparación debida, una injusticia de la significación y enormidad como la que pesa sobre el Ateneo de Madrid.

En la memoria de todos los ciudadanos conscientes están grabados los agravios y quebrantos inferidos al hogar de la intelectualidad madrileña por la pretoriana tiranía de los erigidos, contra todo derecho, en directores de la vida nacional durante estos últimos años de pasividad ciudadana. Y nadie olvida tampoco el noble ardimiento y honrada posición del Ateneo frente a los desmanes impuestos a la docta casa con la protesta unánime de cuantos en ella se cobijaban.

Es tan clara y concreta la situación del problema planteado, que el más elemental espíritu de justicia basta para resolverlo. Aun sin invocar la obligación, ineludible para un Gobierno justo de respetar y estimular cuanto sea exponente de una tan destacada fuerza cultural

**LEA USTED
"NUEVA ESPAÑA"**

como es el Ateneo, con justo derecho considerada la Sociedad del Ateneo como mera agrupación privada, no puede permanecer un día más con las puertas cerradas, con sus servicios y trabajos interrumpidos, con su vida paralizada en absoluto,

—Desde su asalto al Poder—nos dice este heredero directo del preclaro ingenio de D. Francisco de Quevedo, D. Luis de Tapia—, la Dictadura hizo objeto al Ateneo de su más «solícita» atención.

«El Ateneo constituía para el pretorianismo entronizado, el más fuerte baluarte de los defensores de las libertades públicas; la amenaza constante y el espíritu vivaz de la ciudadanía dispuesto en todo momento al ataque por la verdad y la justicia.

**SUSCRIBASE
A "NUEVA ESPAÑA"**

«Necesariamente había de triunfar la inteligencia, más robustecida después de la prueba del largo combate. Nuestra labor—Luis de Tapia es secretario de la legítima Junta de gobierno del Ateneo, y en su nombre habla—es de todos conocida. Las notas oficiosas dieron cuenta de que en junio de 1926 fué desposeída la Junta de sus cargos. Se nombró otra de Real orden, que fué recibida por los ateneístas como merecida. Cuantos formábamos la Junta de gobierno fuimos a la cárcel, y allí permanecimos una temporada. Pero, ¿para qué hablar de este martirologio pasado? Ni siquiera se le puede llamar martirologio. Como había dimitido el presidente, don Armando Palacio Valdés, y el inolvidable Rafael Urbano había dejado por defunción vacante el cargo de bibliotecario, los «presidarios» fuimos el doctor

Gustavo Pittaluga, vicepresidente primero; Gregorio Marañón, vicepresidente segundo; los vocales Jiménez de Asúa, Antonio Dubois, el ingeniero Vergara, contador; el doctor Salvador Pascual, depositario, y Eduardo Bonilla y yo, que desempeñábamos los cargos de secretarios.

«El día 7 de julio de 1926, fecha de nuestro ingreso en la cárcel—prosigue—, celebramos en la celda penitenciaria, constituidos en Junta de gobierno, una sesión, de la que se levantó la oportuna acta. Acordamos reunirnos los días 1 y 15 de cada mes, para celebrar sesión, como percibe el reglamento del Ateneo, y poseionarnos, cuando cayese la Dictadura, de los cargos cuya legítima representación creemos que nadie nos puede discutir mientras no se nombre por el Ateneo y reglamentariamente otra Junta. Ambos acuerdos han sido cumplidos durante todo este tiempo. El último no hemos podido llevarlo a efecto por haber clausurado el Ateneo el día 30 del mes pasado la Dirección de Seguridad, a instancias de uno de los miembros de la Junta ilegal.»

El Sr. Vergara nos habla de los días pasados por la Junta del Ateneo en la cárcel:

—Ocupábamos—dice—el departamento de presos políticos, y otro recayente al patio carcelario paralelo a la calle de Moret. Desde nuestro ingreso, todos los días estaba cubierto el cupo de visitantes para nosotros. Muchos pidieron y obtuvieron permisos especiales para vernos y confortarnos con su amistad y adhesión. Por allí pasaron, además de la mayoría de los ateneístas de Madrid y

personas para nosotros hasta entonces desconocidas, políticos e intelectuales, comerciantes, obreros...

Desde 1926, la Junta del Ateneo se ha reunido dos veces en el café de «Roma». Perseguidos, vigilados de cerca por los sabuesos y soplones de la Dictadura, no han cejado un solo momento en sus trabajos de mantener a todo trance, y

el propósito de dar un gran impulso a los Ateneos de toda España, y de llegar incluso a federarlos. Los Ateneos deben ser los centros dirigentes de la política española y de la cultura nacional.

Trabajaremos por la cultura extraoficial, por la cultura heterodoxa, que es la verdaderamente útil para los pueblos. Yo

cual se impuso a la Junta en cuestión, se decía que los ilegítimos miembros eran representantes de la Ciencia, del Arte, de la Literatura.

Un centenar de socios propusieron que fueran sometidos a un sencillo examen de Ortografía y de Gramática. No prosperó tan adecuada propuesta, y se dieron también de baja.



La Junta del Ateneo de Madrid, en una de sus frecuentes reuniones en un café durante el período dictatorial. De izquierda a derecha: Sres. Bonilla, Pascual, Dubois, Marañón, Pittaluga, Jiménez Asúa, Vergara y Tapia.

por encima de todo, el espíritu ateneístico.

El ilustre doctor Marañón nos ha dicho:

—Ahora, cuando volvamos a nuestros puestos, vamos a hacer un escrupuloso inventario de los efectos propiedad del Ateneo, y una detallada revisión de cuentas. Realizada esta obra de depuración, dimitiremos, para que el Ateneo, libre y legalmente, elija una nueva Junta, pues, reglamentariamente, cumplido este requisito, nuestra misión como miembros de la Junta de gobierno habrá terminado. Pero como ateneístas tenemos

hablo de la realización de este proyecto de estructuración de una cultura nacional a base de los Ateneos en el prólogo escrito por mí para un libro de Marcelino Domingo, que saldrá en breve.

No merecía la actuación de cuantos se prestaron a la obra de la Dictadura en el Ateneo el menor comentario.

Pero no hemos de dejar en la estilográfica un caso que revela el prestigio de que gozaban en la docta casa.

Al ser impuesta por el fenecido Gobierno la nueva Junta, 300 socios se dieron de baja. Otros fueron expulsados.

En la Real orden, en virtud de la

Pero el espíritu del Ateneo no se evaporó ante las circunstancias adversas. Los ateneístas han seguido manteniéndolo viril y denodadamente en tertulias, acogidos en los cafés de «La Granja del Henar», «Negresco», «Gijón» y otros.

Quizas en ninguna ocasión ha vibrado más fuertemente ni ha animado la acción de la juventud con más eficacia que en los últimos meses pasados. ¡Y se puede confiar mucho de la fecundidad de su obra para el futuro, sin temor a que las esperanzas queden frustradas.

ALARDO PRATS Y BELTRAN

¡¡¡FUERA CAMBÓ!!!

El renegado de la Lliga es el nuevo ídolo de las derechas españolas. Muy natural. Cambó, servidor del capitalismo, conservador por temperamento y por ideas, es el hombre más indicado para dirigir un fuerte partido «de orden» —la nueva U. P., como ha dicho *El Socialista*— dentro de la Monarquía.

Cambó, abogado de Empresas, tiene las condiciones necesarias para ser un buen empresario de la política. Tan vie-

jo político, en todos los sentidos de la palabra, como pueden serlo un Romanones o un Bergamín.

Regionalista en Barcelona y centralista en Madrid, siempre supo navegar entre dos aguas e inclinarse suavemente a todos los vientos, pues el hombre—esto no puede negarse—es flexible como una palmera en el desierto... Después de años de contemporización con la Dictadura le dan derecho al apoyo de los elementos dispersos de la misma. El recogerá casi

íntegramente la herencia de Primo de Rivera.

Las primeras declaraciones del ex jefe regionalista son bien significativas. «Nada de derechas ni de izquierdas», ha dicho. Palabras que sintetizan y compendian el novísimo lema tartufo. ¿Habrá quien se deje engañar todavía por este especulador, por este farsante?

Nosotros gritamos con todas nuestras fuerzas:

¡¡¡Fuera Cambó!!!

ACTUALIDAD ECONOMICA

LA CRISIS DE NUESTRO CAMBIO

por J. DE ABENDAÑO

Cuando escribimos estas líneas—que, por causas que comprenderá el lector, no pudieron publicarse en el primer número de NUEVA ESPAÑA—, la peseta corría un vendaval dramático que llegó a situarla, entre oscilaciones de amplitud inusitada en España, en los alrededores de tipo de 40 por libra esterlina, cotización, sin duda, bastante inferior a su verdadero valor actual. Sin embargo, el fenómeno puede repetirse—y aun agravarse—si una mano firme y experta no logra encauzar debidamente el problema, despertando en torno a él una atmósfera muy distinta de la que todavía le envuelve. Sería absurdo, por consiguiente, que acaparáramos el espacio que NUEVA ESPAÑA consagra a estos temas para lanzarnos a una disquisición menos palpitante y actual que la del comentario de la situación de nuestra moneda, ya que, por otra parte, quiérase o no, condiciona en cierto modo las posibilidades futuras de quienes hayan de asumir la ardua faena de reconstruir España.

Al enfocar el problema en su conjunto y recorrer las etapas de lo que en este respecto ha sucedido para presentar a un núcleo de lectores «nuevos» una visión ordenada de los hechos, se adueña del ánimo del comentarista una amarga sensación de estupor al contemplar en perspectiva la absoluta estupidez con que el país entero ha asistido al quebrantamiento de su signo monetario. Y no se nos tache de ligeros al hacer afirmación tan rotunda, puesto que continúa casi todo el mundo mostrándose desentendido o adverso a la única solución que debió seguirse—la estabilización monetaria—; tendencia que sólo han defendido con decisión y continuidad un diario y tres o cuatro técnicos y publicistas, combatidos por la charrería, la mala fe o la ignorancia de la totalidad de la España que se dedica a estas cuestiones en el orden teórico y en el orden práctico y desamparados por la falta de confianza o de conocimientos de los gobernantes y de la gran masa de los gobernados.

Jamás país alguno de cuantos en la trasguerra hubieron de reorganizarse financieramente pudo proceder al reajuste en condiciones parecidas a las que disfrutaba España aún sólo hace tres años. Con la libra en los alrededores de 28 y la esperanza de un inmediato regreso a la normalidad política, pudo hacerse lo que hubiera venido en gana al gobernante, dejando resuelto para siempre este magno problema y mereciendo por él la gratitud del país entero.

Pero obstinaciones y errores que no es posible comentar ahora ensombrecieron horizontes que aparecían despejados. El Gobierno pareció comprender la necesidad de una política activa en el orden monetario cuando ya habían pasado los instantes más propicios, aquéllos en los que las potencias financieras exteriores se habían ilusionado por el porvenir de España. Y así, se empezó a actuar a destiempo y, lo que es peor, sin entusiasmo ni confianza en la virtud final de la panacea.

A nuestro juicio, el mal estuvo en que cuando se comenzó a practicar la intervención monetaria no se hizo con el decidido propósito de estabilizar para siempre la peseta; es decir, como quien realiza sólo una premisa conveniente y necesaria para llegar a una finalidad más alta. Al contrario, creemos que el gobernante se propuso, acaso inconscientemente, quitarse de delante una molestia—la baja del cambio—, que empezaba a empañar la cadena ininterrumpida de éxitos que la actua-

ción propia parece, y es muy humano que esto sea, a quien no se siente controlado por una severa crítica. A la teoría triunfal del orden restablecido, la paz en Marruecos, las grandes obras públicas en marcha... podía oponerse en lo sucesivo la realidad de la peseta en baja. Y se fué a impedirlo, sin penetrar a fondo en lo que ello imponía y en la necesidad de corregir el daño para siempre, merced a una adecuada política de conjunto, sólo con el propósito de esfumar el síntoma acaso por una subconsciente carencia de unión panorámica y de espíritu de continuidad que es posible tenga en lo íntimo toda dictadura.

Por ello, la intervención fué un éxito mientras no hubo que luchar con dificultades graves; pues España, lo repetimos, estaba en condiciones magníficas. Pero apenas hubo que vencer un serio obstáculo y la cuestión política pasó al primer plano, planteando un rudo problema al gobernante, éste se desentendió del cambio—o perdió la poca fe que tenía en la virtud del remedio—y abandonó la peseta a sí misma en los momentos en que mayor tensión debió haber puesto, si lo que perseguía era estabilizarla para siempre. Así, los días de Ciudad Real—primera suspensión de la acción interventora—marcan una crisis que poco después pudo parecer pasajera, pero que resultó definitiva.

Todo lo ocurrido con posterioridad se explica analizando bien lo que aquello significó; análisis que, sin duda, nos estaría vedado. El segundo período de la intervención; su suspensión apenas surgieron de nuevo al primer plano dificultades que preocupaban políticamente al Gobierno; el peregrino empréstito interior oro, que parecía liquidar totalmente la política de intervención del cambio..., no son más que flujos y reflujos de un ánimo vacilante que tiene ante sí un problema cuya trascendencia, más que reconocida de grado, le ha sido impuesta, por lo que lo relega al olvido cuando una inquietud mayor le distrae o apremia. Tal el enfermo crónico que, encañonado por la pistola de un atracante, arroja al suelo el potingue que acaba de adquirir, y cuya receta apenas si ha entendido...

Ante el peligro de la baja parece que algunos se disponen a salir de su actitud inhibitoria. Pero todavía no se ve esa preocupación y esa decisión que son precisas para que un país salga victorioso en empeño tan complejo y grave. Y nada más equivocado, a nuestro juicio, que la suposición de que por sí solo puede resolverse. Sostener esto porque en anteriores crisis nacionales el libre juego de los factores económicos haya realizado el milagro, es ignorar ciegamente que las condiciones de España son muy otras y que el mundo de la trasguerra es distinto al de los albores del siglo XX. El tema nos llevaría a consumir un espacio del que no es posible disponer ahora. Bastará, pues, que afirmemos:

- 1.º Que la peseta se hundirá si continúa abandonada y si en plazo más o menos breve no se estabiliza.
- 2.º Que el no haberse hecho ya esto significa que España, en lo económico y financiero, ha estado regida por mentalidades cableñas. (La calificación abarca a técnicos, publicistas, banqueros, hombres de negocios, comerciantes...) Media docena de excepciones, en junto, autorizan a ser tan categóricos.

ESPAÑA Y LA NUEVA ARQUITECTURA

por

F. GARCÍA MERCADAL

Arquitecto

Los promotores de NUEVA ESPAÑA han señalado con oportunidad y acierto algo que en nuestro ambiente nacional se destaca cada día con mayor insistencia, tal es la inquietud de una nueva generación, con problemas espirituales propios, que exigen ser definidos ya, sin rodeos y con meridiana claridad.

Estos problemas, de variada índole, tanto políticos como de carácter general, existen también planteados particularmente en los distintos sectores de la actividad nacional, y así, pues, limitándonos al campo de nuestra diaria observación, podemos afirmar que entre los arquitectos españoles existe también una generación nueva casi por completo desconocida, que en modo alguno siente como las otras ya caducas, y que desde el fondo de su conciencia particular y de grupo repudian, todavía con estéril impotencia, aquellas obras que afean nuestras calles y que son nuestra vergüenza, por acusar un mal gusto manifiesto unido a una carencia absoluta de honestidad profesional.

El mal gusto y la falta de criterio, que son las características de la Arquitectura española contemporánea, los encontramos acentuados en los edificios públicos madrileños de más reciente construcción, frutos de indiferencia de los gobernantes, del favoritismo o de la ineptitud de los técnicos oficiales, duras afirmaciones que pueden ser comprobadas fácilmente tan sólo con traspasar los umbrales de cualquiera de ellos.

En el caso concreto de cualquiera de los edificios a que aludimos, casos típicos que por ser conocidos de todos se hace innecesario citarles con sus propios nombres, el problema ha sido mal planteado, o quizá, ni a esto se ha llegado, y podemos afirmar que fueron proyectados con un criterio que no es la norma de la nueva generación a que aludimos, que en caso tal, con puro racionalismo se hubiera seguramente interrogado antes de ponerse a proyectar: ¿qué es un Ministerio?, ¿para qué sirve?, ¿qué contiene?, ¿cuáles son sus elementos integrantes?, ¿no son, en esencia, algo así como una casa de oficinas?, etcétera, preguntas éstas que, a pesar de ser tan sencillas y tan llenas de lógica, no parece se hicieron los autores de los proyectos, ni mucho menos los ministros de los respectivos ramos, ni los de Hacienda, que fueron, siguen y seguirán dejando salir de las arcas de la nación, uno tras otro, los millones invertidos en estos mamotretos inútiles y absurdos, impregnados de una falsa escenografía, casi wagneriana, en la que el error fundamental empieza por olvidar la talla corporal media de los ministros y las energías físicas de los empleados que con su actividad están llamados a mover la gran máquina burocrática que cobijan, y con el titánico esfuerzo de sus brazos obligados a cerrar cada día sus pesadas puertas.

La nueva generación de arquitectos, al margen de la Arquitectura oficial, ni puede ver con tranquilidad el viejo monumento a Cervantes, todavía no inaugurado,

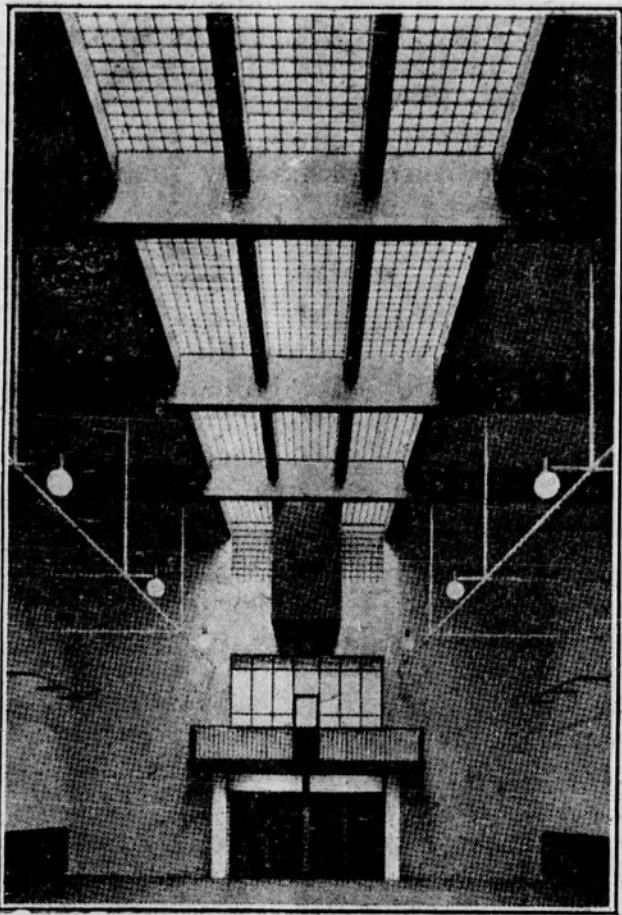
ni ha intervenido en las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, de las que tanto se ha escrito y de las que tanto podría decirse aún, cuyos autores desconocen, o si las conocen lo disimulan a la perfección, que en Europa y América se han celebrado después de la guerra importantes Exposiciones en Gotemburgo, Londres, París, Grenoble, Düsseldorf, Colonia, Filadelfia, Paznan..., etcétera...

La nueva Arquitectura, la de la postguerra, la del verdadero siglo XX, que comienza después de la gran contienda, no ha llegado todavía a España, aunque su floración en los países del centro de Europa sea ya espléndida y completa; siendo la nueva generación encargada de introducirla en nuestra país, donde un cierto afán y deseo de renovación se manifiesta entre los medios selectos. Son los problemas de la vivienda, especialmente de

las clases modestas, aquellos que han gozado del fervor de los profesionales de los países europeos que van a la cabeza del movimiento arquitectónico renovador, y sobre ellos, las experiencias, las realizaciones, son tan numerosas ya como fecundas, prodigándose los ensayos de modo tal, que nos llena de incondicional admiración, tanto más cuanto que estos mismos problemas, que nuestros gobernantes, en la lógica expansión de las ideas, han sentido asimismo la necesidad de acometer, por ahora sin éxito alguno, sin haber conseguido crear nada digno de poder ser comparado con los ejemplares de otros países; habiendo, por el contrario, subvencionado numerosas barriadas de casas baratas, como aquí las llamamos, tan vergonzosas como la que junto al Retiro puede contemplarse, bochornosa y mezquina hasta el infinito, vanidosa y pretenciosa hasta el ridículo.

La nueva generación de arquitectos, que ha recibido con clamorosas manifestaciones de júbilo las recientes disposiciones gubernativas sobre la colegiación, en la que tanto se confía como medio de actuación pro depuración profesional, espera el gobierno redentor que evite los desatinos mencionados y que imponga para la construcción de todos los edificios públicos la celebración de concursos, único medio de poder destacarse, de salir a la luz, el verdadero valor, forjado en la lucha y en el campo de pura actuación profesional.

Con las nuevas orientaciones arquitectónicas, casi las únicas ya en uso en los más adelantados países centroeuropeos, son con las que presentan afinidades y las que tratan de cultivar la joven Arquitectura española, y las que en sucesivos artículos nos proponemos dar a conocer a los lectores de NUEVA ESPAÑA, esperando crear pronto entre ellos un grupo de adictos, único fin de nuestra pública actuación e insistente propaganda, tratando con ello de evitar se siga diciendo, como hoy se dice, que la Arquitectura que por aquí se lleva es la que el nivel cultural del público se merece.



HAY QUE SOCIALIZAR LA CULTURA

por

RODOLFO LLOPIS

Este año, como tantas veces más, el profesorado oficial ha aprovechado las vacaciones escolares para celebrar sus asambleas reglamentarias. Dos de esas asambleas nos han interesado especialmente: la de Normales y la de Institutos.

Las dos Asambleas, al enjuiciar la organización escolar actual y los vigentes planes de estudios, han coincidido en sus severas críticas. Los catedráticos de Instituto han proclamado el fracaso de la última reforma. Y ante tan dolorosa experiencia han recabado el derecho, que ellos mismos convierten en obligación, de intervenir en lo sucesivo siempre que se piense en una nueva reforma escolar.

Si los catedráticos de Instituto se han lamentado de la reforma que les ha sido impuesta, los profesores de Normal se alarman, no sin fundamento, ante la amenaza de una inmediata reforma de los estudios del Magisterio. Y al igual que sus compañeros los profesores de Normales, piden que se les consulte previamente. Piden más: quieren que no se hagan reformas parciales, sino una reforma total de la enseñanza en todos sus grados, y que esa reforma sea convenientemente meditada y vaya precedida de una amplia información pública.

Ese deseo de interesar a la gran masa ciudadana en estos problemas, hasta ahora reservados a una minoría de técnicos, no deja de ser sintomático. Responde al hecho, cada vez más generalizado, de ir convirtiendo los problemas pedagógicos en problemas sociales. Ese mismo deseo ha sido subrayado repetidas veces en el curso de las dos Asambleas a que venimos refiriéndonos. En la de Normales hubo una ponencia encargada de estudiar una fórmula que, sin recargos en el presupuesto de Instrucción pública, lograra mejorar los exigüos sueldos del profesorado. La fórmula se encontró. Consistía en aumentar el precio de las matrículas. Los estudiantes pagarían la mejora de sueldos de los profesores...

La asamblea rechazó unánimemente la propuesta. Los profesores no querían cobrar más a costa del encarecimiento de las matrículas. Y no se limitaron a negarse a todo aumento en el costo de los estudios, sino que afirmaron la necesidad de llegar cuanto antes a la total gratuidad de los estudios en todos sus grados, «única forma—decían—de democratizar la cultura».

Los catedráticos de Instituto han sentido idénticas preocupaciones. También ellos, entre las bases aprobadas, incluyen una, la séptima, que conviene subrayar: «La segunda enseñanza—dice—no puede constituir un privilegio de clase, sino

una rigurosa selección de capacidades. Y del mismo modo que deben ser rechazados inexorablemente todos aquellos que carezcan de aptitud suficiente, por elevada que sea la condición social o económica de la familia, la conveniencia y la justicia exigen que no se pierda una sola inteligencia nacida entre las clases humildes, para lo cual habrán de crearse cuantas becas sean necesarias.»

Aquí está, en esa base y en aquella negativa del profesorado normalista, planteado el verdadero problema de nuestra organización docente. Porque, ahondando en él, se comprende fácilmente cómo nuestra organización social se refleja en nuestra organización pedagógica, que tiene una textura profundamente plutocrática. Hoy no estudia el que quiere, sino el que puede sufragar los gastos que supone cualquier carrera. Hoy los estudios—y cada día se acusa más ese carácter—sólo son accesibles a los pudientes. Se está seleccionando en función de la capacidad económica y no en función de la inteligencia y de la vocación. Hoy la enseñanza superior está sólo al alcance de una minoría que monopoliza en su propio provecho los beneficios de la cultura. Y no hay monopolio más insultante que el monopolio de la cultura.

Los catedráticos de Instituto han querido suavizar ese carácter de privilegio de clase que tiene la llamada segunda enseñanza. Y han pedido que se creen cuantas becas de estudio sean necesarias. El problema de las becas fue también planteado en la asamblea de Normales. Hoy figuran en los presupuestos del Estado unas mezquinas cifras para estos menesteres, gracias a la presión que en su día hicieron en el Parlamento, sobre todo, los diputados socialistas. Pero conviene insistir en que la cuestión de las becas no soluciona el problema. Cada vez que se habla de esto y se afirma el carácter plutocrático de nuestra enseñanza, la burguesía protesta. Protesta porque cree que se comete con ella una injusticia no agradeciéndole el haber creado las becas, los préstamos de honor y las matrículas gratuitas.

Quien tenga la experiencia de lo que cuestan las matrículas, los libros, el tener que salir del medio familiar para vivir en una capital de provincia o de distrito universitario, sabe que las matrículas gratuitas y los auxilios del Estado—muchas veces previa solemne declaración oficial de pobreza—significan bien poca cosa. Así se explica que todos los años queden muchas matrículas gratuitas sin solicitar.

A la burguesía no hay que agradecer

le nada. Al contrario. Si hace esas aparentes concesiones, es porque le conviene. Porque necesita renovar sus cuadros, ya agotados. Y toda renovación procede de la masa. La burguesía necesita nutrirse de la savia popular. Por eso la burguesía inteligente va facilitando poco a poco, con cuenta gotas, el acceso a la cultura superior a unos cuantos. Porque sabe que, siendo pocos, va a ser fácil dominarlos, absorberlos, incorporarlos al servicio de la misma burguesía. Así, pues, la creación de becas, que aparentemente significa una concesión arrancada a la burguesía, en el fondo no es sino un acto elemental de defensa que hace en provecho propio la clase dominante.

Las becas no resuelven, no, el problema. Hay que abrir de par en par las puertas de todos los centros docentes para que todo aquel que demuestre capacidad y vocación pueda seguir cultivando sus facultades, cualquiera que sea su situación económica. Hay que acabar, ante todo, con la llamada «barrera económica». Hay que hacer gratuita la enseñanza en todos sus grados. Pero, además, considerando la jornada de estudio como una jornada de trabajo, habrá que indemnizar al obrero que abandone el campo o el taller para seguir estudios. Entonces estaremos en camino de que no se pierdan estérilmente, como se pierden hoy, tantas inteligencias. Entonces habremos empezado el proceso de socialización de la cultura.

«El día que eso suceda—se ha dicho—, la Humanidad cometerá uno de sus más graves errores. Producirá un desplazamiento de fuerzas. La Agricultura y la Industria se quedarán sin brazos. La economía nacional se resentirá enormemente...»

Lo más probable es que esos defensores del trabajo... ajeno no hayan trabajado nunca. Es lo mismo. Hay que responderles que, en efecto, cuando se socialice la cultura habrá un desplazamiento de fuerzas. Muchos de los que hoy cultivan la tierra pasarán a la Universidad. En cambio, ese 30 por 100 de suspensos que anualmente se registran en las Universidades nos dice que tenemos dónde buscar los nuevos trabajadores de la tierra...

¿Pero bastará abrir de par en par las puertas de la Universidad, dar acceso al pueblo, para que se transforme la cultura?... No. Probablemente, con la cultura actual sólo se conseguirá aburguesar las masas. ¿Puede ser ése el ideal del proletariado? Frente a la concepción burguesa de la cultura, se alza una concepción proletaria de la misma. De ello habremos de ocuparnos alguna vez.

**Todos los elementos políticos sinceramente jóvenes del país se aprestaron a trabajar por NUEVA ESPAÑA desde el momento que apareció nuestro manifiesto. A ellos se debe la cifra de tirada del primer número, que alcanzó a 35.000 ejemplares, la subida en este segundo a 40.000 y el aumento de ocho páginas que hoy ofrecemos. Hay que conquistar los cien mil lectores, y en cuanto el levantamiento de la pre-
via Censura sea un hecho NUEVA ESPAÑA aparecerá semanalmente.**

El Sol

Seiscientos cincuenta por cuatro. — Nadie recuerda ya el famoso programa de la Dictadura sobre el desmoche burocrático? Se censuró el funcionarismo, la empleomanía y la francachela de credenciales. Pero lo cierto es que la Dictadura creó organismos inútiles y funcionarios más inútiles todavía. Ahí está el Gobierno actual, que se propone suprimirlos a docenas.

$650 \times 4 = 2.600$ funcionarios nombró el Sr. Aunós para Comités paritarios, Comisiones mixtas, Consejos de Corporación, Juntas Consultivas, etcétera, con sueldos espléndidos, que disfrutaban los mejores amigos de la Dictadura. Tenemos nombres a disposición de los curiosos. Lo lógico sería que esos cargos emanasen de los mismos Comités. Pero la democracia del Sr. Aunós, aprendida en Mussolini y en Bottai, no llegaba a tanto. Los nombraba él, que para eso era el más sabio de los corporativistas.

■ ■

No tan sabio, sin embargo, como el Sr. Bergamín. (El Sr. Bergamín, padre. Del hijo ya hablaremos en otra ocasión para denunciarle sus charadas vanguardistas.) El Sr. Bergamín quiere que los Comités paritarios pasen del virreinato de Aunós al virreinato de los patronos. ¡Siempre tan desinteresado este abogado de pobres!

«Antes que una dictadura socialista, una dictadura personal», dice Bergamín. ¡Claro! Como que bajo las dictaduras personales no se acaban los pleitos de mayor cuantía.

■ ■

Zancada, Elorrieta, Vellando, Madañaga, Bernaldo de Quirós... Anotad los nombres de estos buenos liberales, que patrióticamente se han sacrificado disfrutando los mejores puestos de la Dictadura.

Porque ellos, antes que nada, son técnicos. Y la pasada, fué la Era de los técnicos. Por eso bajó la peseta y se cerraron las Universidades y los Ateneos.

¡Los técnicos! ¡Ah! ¡Oh! ¡Ah! Como exclaman los analfabetos de los Círculos.

■ ■

«Sé feliz, patria mía», dijo Luis Candelas cuando subió al patíbulo.

Pero Luis Candelas subió al patíbulo.

■ ■

¿Y los turistas? No nos olvidemos de los turistas. De los que eran enemigos de la Dictadura y cobraban de la Dictadura. De los que trasegaban monumentos y joyas arquitectónicas con la voracidad de perfectos avestruces.

Dijéranse de la escuela estética de Delgado Barreto.

También tenemos nombres. Y muy ilustres, entre la gente de pluma.

■ ■

Se hacen regalos. — La Gaceta Literaria, comadrona de todos los «ismos», los «ismos» que nacen viejos, se atreve a aludir «a las revistas políticas de muy diferentes cataduras que se anuncian en el horizonte». Y habla de que «la pasión política y la literatura utilitaria van a ir invadiendo cada vez más los escritores y sus órganos de extinción».

Tiene gracia. El órgano de una casa editorial—mejor dicho, el boletín de una casa editorial—hablando contra la literatura utilitaria. No hay duda: aquí está la mano de Jiménez. Que en nombre de la literatura es capaz de hacerle un elogio a Joaquín Belda, autor de la casa, vanguardista de los vinos de Jerez.

O de salir para Salónica en busca de judíos. Como si no tuviéramos aquí bastantes.

¡Claro! A La Gaceta le ha llegado la hora de los premios. Le vemos regalar relojes y pulseras de señora, como aquellos periódicos que buscaban suscripciones con los sorteos de regalos. Ahora anuncia un «Premio Maura». La Gaceta, siempre tan apolítica. Aunque quizá aluda a Maura, el pontífice del Trabalenguas y el calambour.

Y entonces ya sabemos quién se llevará el premio: Jiménez Caballero, director nonnato de La Gaceta.

■ ■

Ideas en francachela.—Jiménez Caballero, siempre tan pintoresco.

Odia el liberalismo, el fascismo (según dice ahora; ahora, que no habla ni en broma de su viejo invento el hacismo), el bolchevismo, la autocracia y la democracia.

Pero, por otra parte, ama la democracia, la autocracia, el bolchevismo, el fascismo (pero no habla ni en broma de su viejo invento: el hacismo) y el liberalismo.

Jiménez Caballero es una cosa muy rara. El no se define, porque definirse es cosa de gerontes. De viejos. Gerontes son, pues, esos muchachos que a diario se definen, ¡cuán terminantemente!, en la encuesta de El Sol.

Jiménez Caballero vive en la nebulosa ollendorf de lo incongruo.

Si se le pregunta: ¿es usted monárquico?

El responde que va a hacer una oposición a unas plazas de cincuenta duros.

Si se le interroga: ¿es usted católico?

El responde que ha hecho un viaje cultural a Oriente. A enternecerse con los judíos de Salónica, que todavía dicen «mañera».

Si se le requiere: ¿es usted absolutista?

El se remite a Hércules Madrid. El contesta que ha combatido con el

agareno, y que es un veterano de nuestras guerras de Africa.

En fin, Jiménez Caballero es un hombre raro.

Un «cocktail» de ideas. Una triaca magna de tendencias políticas.

■ ■

Maeztu dice que viene a España para seguir dedicándose al periodismo.

Le vemos de redactor de El Noticiero del Lunes.

A las órdenes de Capella.

■ ■

Apenas cayó el jefe dispensador de mercedes, la U. P. se desbanda.

Esta era la cohesión y la moral de la «honrada agrupación cívica».

■ ■

Tres directores generales, tres, tuvieron que ser dimitidos por el ministro del Trabajo.

No hacían más que exclamar: «¡Nosotros somos técnicos! ¡Nosotros somos técnicos!»

Claro. Técnicos de la U. P.

■ ■

La elocuente poetisa Alfonsina Storni, ha pasado por Madrid.

Claro es que no hemos ido a escuchar sus declamaciones.

No nos interesan los canoros arpeggios.

■ ■

El Patronato de Turismo.

He aquí una de las ventosas aplicadas por la Dictadura al presupuesto.

■ ■

«Un periodista español entregaba a Le Temps—dicen los diarios—, para propaganda de la Dictadura, 30.000 pesetas mensuales.»

¿Un periodista español?

Bueno.

A otra cosa.

■ ■

Constitucionalistas, Aunós y Yanguas. Constitucionalista, Sánchez Guerra. Liberales, Maura y Cambó.

¡Qué risa!

¿Y la Asamblea? ¿Y el 17? ¿Y los Jesuitas? ¿Y la misa de Valencia?

■ ■

José Antonio de Sangroniz, ¡gran turista!

■ ■

Sangroniz: gran cosa ser turista, ¿eh?

■ ■

Sánchez Mazas, José Bergamín y otros arditis del vergonzante fascismo (o hacismo) español, se reúnen todas las tardes en un café, para organizar un partido católicoabsolutista.

Ya cuentan con valiosos elementos.

Entre ellos, Cretinardo, el poeta del jersey y la mona, y su profesor del Instituto, joven galaico y escritor chirle,

Sobre la crisis del teatro

CARTA DE BERLIN

por F. FERNANDEZ ARMESTO

Repentinamente el teatro alemán se ha sentido atacado de una crisis cruenta. De temporada a temporada una misma corriente de frío mortal cruzó los escenarios todos. En un pueblo como España, verbigracia, la crisis teatral apenas si desborda, en sus efectos, más allá del bolsillo de los empresarios; en Alemania, donde el teatro no se imagina para divertir a la burguesía, donde el teatro no es siquiera imaginación, sino vida, y casi vida elemental, representa nada menos que una conmoción pública.

A principios del siglo, cuando el tiempo se renovaba de sí mismo, el teatro alemán se rehacía de su propio deshecho. Max Reinhardt—¿quién podría hacer el diccionario de tonterías españolas dichas sobre Reinhardt?—introdujo, con *Schell und Rauch*, en el escenario, como actores sigilosos, dos nuevos valores: la estética y la dinámica. Con esto de la dinámica concentrada en el escenario, Reinhardt conseguía un espejo de la naturaleza de años después, vetada de carreteras, de rutas de aviones y de huellas de las palabras radiadas. La colonización teatral de Reinhardt con sus dos nuevos elementos surtieron la vida del teatro de amenidad y diversidad durante todo el trecho de tiempo que va desde 1901 hasta 1918, cuando el estallido de las bombas comienza a ensartar en el mismo ritmo la emoción de la calle y la del escenario. Reinhardt y todos sus discípulos, que invadieron la dirección de los principales teatros de Alemania, no hacían teatro nuevo, sino que renovaban el viejo; no eran revolucionarios, sino reformistas. Por eso consiguieron con relativa celeridad la solidaridad de la burguesía, la cual, a pesar de su torpeza intelectual, ha dispuesto siempre de un negro instinto cultural de defensa que le va dictando su moral; a esta solidaridad de la burguesía alemana corresponde la solidaridad que la burguesía del Centro y Sureuropa dispensó al muerto grupo de literatos y artistas «puros» y esteticistas, los del arte al margen de la política. El movimiento teatral que produjo la escuela de Reinhardt no consiguió más que desanquilar las viejas formas del teatro burgués, precipitando a este teatro en la descomposición. Si algo puede agradecérsele desde un punto de vista auténticamente humano es eso. Al fenómeno escenográfico representado por Reinhardt correspondió otro que ha ejercido sobre la literatura teatral idénticos efectos: el que representa George Kai-

ser—la primer figura del movimiento, aunque tal vez no la más interesante—, a quien puede conceptuarse como el matemático de los viejos autores teatrales. Y digo el matemático porque toda su novedad literaria, que depende exclusivamente de una técnica singular, no consiste sino en jugar con ideas elementales, es decir, con números imaginativos, lo cual reduce el viejo teatro a abreviaturas, a poco más de nada, a planteamiento de problemas morales que a nadie le interesa ya resolver—que cada uno se los ha resuelto ya a sí mismo en Alemania—, informados por el infantil de la lucha ética entre el capital y el trabajo. George Kaiser destripa los secretos de sus progenitores, los vence y se vence él mismo con ellos.

En este despejado ambiente, en el olor de pólvora que quedó en las conciencias después de la guerra, nace el teatro político, el «Arbeitertheater», a un tiempo en Rusia y en Alemania. En Rusia comienza con un análisis de teatro, *El pájaro azul*, que pasó por España entre la ceguera—sin dejar más huella—huella profunda—que un libro de Jesús Bal, *Hacia el ballet gallego*, que todavía puede ser hoy un programa mínimo de ideas para la elaboración de un teatro español—el cual tuvo una floración fenomenal en Meyerhold—. En Alemania, Piscator, temperamento curtido en la guerra, y la organización imponente del «Arbeitertheater» (teatro del tra-

bajo), producen el nuevo teatro, el verdaderamente nuevo teatro, que empuña los nuevos instrumentos que le proporciona el cine: la luz y la mecánica, para construir, partiendo del hecho esencial del triunfo del trabajo—partiendo de este hecho con la fe y la fuerza original de quien parte de la creación el universo—, el teatro popular, alegre y fecundo, en el que no se habla de la desgracia del caído ni de la lucha de clases; en el que el gozo del vivir y el puro disfrute de sentirse superior invade de una tremenda delicia impulsiva, de una espiritual opulencia incommensurable. Es el teatro que pretende captar al espectador persiguiendo la comunión y la penetración del actor con el espectador. El teatro de una clase triunfante que termina siempre bien, como las buenas películas norteamericanas; pero que en vez de rematarlo un beso lo remata un puñetazo. Teatro en el que la palabra se ha ahorcado en el ruido y la personalidad en la muchedumbre.

La lucha entre este teatro, organizado y resistente ya (en Alemania solamente el «Arbeitertheater» dispone de 500 organizaciones teatrales, en unión de miles de ellas de otros países), con las caducas matizaciones del teatro burgués, más o menos distinguido, es la que produce este instante de crisis en Alemania; pero crisis que quiere decir anteparto. El teatro del trabajo va a las fuentes de la vida directamente, apartando la intervención de la literatura, de lo amanerado; recientemente me decía Remarque que hay que llegar a «hacer» teatro sin escribirlo antes, para comenzar de nuevo, como comenzó la tragedia griega, como comenzó la comedia. Y si en España no escandalizaran demasiado, podría agregarse: como comenzaron los ritos religiosos, como comenzó el sacrificio de la misa.

Berlín, febrero.



Ayuntamiento de Madrid

DONGO saca la gaita y les dice a ustedes que en este número no hay «Reseña Teatral». Por falta de espacio. En el próximo número hablará de «Maya», «El Monje Blanco» y «Triángulo». Y si, en el interín, hay cualquier otro apreciable estreno, también le dedicará alguna cosita.

CUATRO DIALOGOS FAMILIARES DE CERVANTES

por AZORIN

(De la comedia "Cervantes o la Casa encantada.")

(Conclusión.)

No.

MIGUEL

MAGDALENA

Si no la conoces, Miguel..

MIGUEL

Entonces, si no la conozco, ¿cómo me va a gustar?

MAGDALENA

Eso digo yo; si la conocieras, te gustaría.

MIGUEL

O no me gustaría.

MAGDALENA

¿Qué sabes tú? ¿Es que puede darse una cosa más fina, más delicada que la poesía del padre Fulgencio?... Oye, oye: me han hablado del libro que acaba de publicar Francisco Pujalte. ¡Oh Pujalte! ¡Qué gran sabio! ¡Cuánto sabe! Se titula ese libro *Disquisiciones de natural filosofía*. ¿Lo has leído? ¿Te han hablado de él? Yo soy profana en esas cuestiones tan hondas; no llego a percanzar toda la profundidad de esos problemas; pero me gustan, vaya, me gustan esos libros sólidos, bien hechos, escritos por hombres que tienen genio y preparación... Cuidado, Miguel, cuidado: que yo no digo que las historias de aventuras, las novelas, sean cosa baladí. Todo tiene su mérito; pero esos libros profundos, esos libros de erudición, son cosa aparte, todo lo mejor que puede escribirse. ¿No opinas tú también así? Pujalte, hay que reconocerlo, es de los hombres que más valen en España; tiene una sólida preparación. Sabe griego, hebreo, latín. Hombres así ya pueden escribir. ¿No es cierto, Miguel? Hombres así ya pueden escribir.

MIGUEL

Que escriban.

MAGDALENA

¿No quieres tú que escriban?

MIGUEL

Que escriban.

MAGDALENA

¿Y no crees tú que para escribir se necesita tener esa preparación sólida, honda, que tiene Pujalte?

MIGUEL

Que la tenga.

MAGDALENA

Lo demás, Miguel, son cosas frívolas, superficiales. Cuidado, no interpretes mal mis palabras; yo pongo siempre aparte lo que tú haces. Eso es sagrado para mí. Pero digo yo, creo que digo bien, que lo que escriben estos escritores sólidos, que

saben lenguas y han estudiado Filosofía y que conocen todos los ramos del saber...; digo yo que eso es lo que ha de quedar, lo que ha de perdurar, y no las frivolidades, chanzas y bulerías de otros escritores.

MIGUEL

¿Qué escritores? Vamos, di, ¿qué escritores? ¿Quiénes son esos escritores?

MAGDALENA

¡Por Dios, Miguel! ¡Por Dios! ¿Es que te incomodas? ¿Pero cómo ha de pasar por mi imaginación el aludir para nada a lo que tú escribes? ¿No soy yo la primera admiradora de todo lo tuyo? ¿No le digo yo a todo el mundo que tú tienes mucho talento?

MIGUEL

Bien, bien; conformes, de acuerdo. Bien, bien.

MAGDALENA

¡Qué sequedad! ¡Qué brusco eres algunas veces, Miguel! Perdona que te lo diga. ¿Así tratas a quien tanto te quiere?

MIGUEL

Si quien tanto me quiere, es decir, mi hermana Magdalena, quisiera quererme un poquito más...

MAGDALENA

¿Qué haría tu hermana Magdalena, qué haría yo?

MIGUEL

Dejarme trabajar en paz, con tranquilidad, con sosiego, con reposo, con serenidad.

MAGDALENA

¡Jesús, Jesús! Eso es decirme que me vaya; eso es echarme. Me voy, me voy. ¡Dé usted consejos a estos escritores! ¡Andese usted con finuras con estos novelistas! ¡Jesús, Jesús!

(Se marcha Magdalena. Miguel se pone a escribir. Pausa. Aparece en la puerta Constanza, pazguata y zoncita. Habla desde el umbral.)

CONSTANZA

¡Tío!

MIGUEL

Sobrina.

CONSTANZA

¡Tío!

MIGUEL

Constancita.

CONSTANZA

Tío, que dice mi madre...

MIGUEL

¿Qué dice tu madre?

CONSTANZA

Dice mi madre...

MIGUEL

¿Qué dice mi hermana Andrea?

CONSTANZA

Dice mi madre...

MIGUEL

Acaba de decir lo que dices que dice tu madre.

CONSTANZA

Dice mi madre... que...

MIGUEL

¿Qué?

CONSTANZA

Que...

MIGUEL

¿Acabarás?

CONSTANZA

Tío...

MIGUEL

Sobrina.

CONSTANZA

Tío...

MIGUEL

Por cuarta, quinta o sexta o décima vez: sobrina.

CONSTANZA

Que dice mi madre...

MIGUEL

¿Qué dice tu madre?

CONSTANZA

¿Me perdona usted que lo diga, tío?

MIGUEL

Te perdono que lo digas, sobrina.

CONSTANZA

¿Se incomodará usted, tío?

MIGUEL

No me incomodaré, sobrina.

CONSTANZA

De veras, ¿no se incomodará usted?

MIGUEL

Lo que va a pasar es que voy a incomodarme por no incomodarme.

CONSTANZA

Pues no se lo digo a usted.

MIGUEL

Ya estoy incomodado.

CONSTANZA

Pues desincomódese usted, tío.

MIGUEL

Ya estoy desincomodado.

CONSTANZA

¿Tranquilo del todo, tío?

MIGUEL

Tranquilo del todo.

- CONSTANZA
¿Se lo digo a usted?
- MIGUEL
Dímelo.
- CONSTANZA
Es que es una cosa muy delicada.
- MIGUEL
Pues espera a que no esté tan delicada esa cosa para decírmela.
- CONSTANZA
¡Ay, ay! Yo no quiero que mi tío se burle de mí.
- MIGUEL
Pues acaba, ¡caramba!, y dime lo que dices que dice tu benditísima madre, mi hermana.
- CONSTANZA
Dice que por qué no hace usted algo para que salgamos de esta situación.
- MIGUEL
¡Lo que voy yo a hacer es tomar la puerta y marcharme con cincuenta mil demonios!
- CONSTANZA
¡Jesús, Jesús, Jesús!
(Se marcha Constanza.)
- MIGUEL
¡Habrase visto! ¡No, y parece tan zoncita y para poco! Si no fuera porque en el fondo es buena... Buenas son todas, sí, en el fondo. ¡Lástima que se tenga que rascar y hurgar un poco para llegar a ese fondo!
- (Miguel permanece un momento con la frente reclinada en la mano; luego, escribe; después, como no cesa el estrépito, torna a meditar, con el codo en la mesa. Entra en silencio Isabel; se va acercando de puntillas al caballero y le da un beso en la cabeza.)
- MIGUEL
¡Ah, Isabel!
- ISABEL
¿Estás triste, tienes alguna pena?
- MIGUEL
Ahora ya, no.
- ISABEL
¿Antes, sí?
- MIGUEL
Antes no podía trabajar.
- ISABEL
¿No podías trabajar por estos ruidos de la casa?
- MIGUEL
Por estos ruidos y por todo.
- ISABEL
¿Ha estado aquí tía Andrea? ¿Ha estado tía Magdalena?
- MIGUEL
Han estado las dos.
- ISABEL
¿Y han vuelto a sus temas de siempre?
- MIGUEL
Y no les he tirado una silla a la cabeza.
- ISABEL
¿Por qué les haces caso?
- MIGUEL
No les hago caso.
- ISABEL
¿Por qué te entristeces?
- MIGUEL
Si todas las mujeres fueran como tú, como mi hija Isabel, yo no me entristecería.
- ISABEL
¿Quieres que todas sean como yo?
- MIGUEL
Y yo te querría... te querría, Isabel, querida Isabel, te querría un poco más cerca de mí.
- ISABEL
¿No estoy cerca? ¿No estoy junto a ti?
- MIGUEL
No es eso, Isabel. ¿Dónde fuiste anoche? Te oí, estaba yo desvelado; te oí salir.
- ISABEL
Fuí a casa de Leonor Acosta.
- MIGUEL
¿Por qué vas a casa de Leonor Acosta a esas horas?
- ISABEL
Eran las diez; tú te acostaste muy temprano. Las diez, en mayo, en este tiempo, es una hora temprana. ¿No quieres que vaya a casa de Leonor Acosta?
- MIGUEL
Quiero, Isabel, tenerte siempre junto a mí. Soy un poco egoísta. Como la dicha para mí es tan deleznable, tan fugaz, quiero tener prisionera entre mis manos la poquita dicha que tengo, y esa dicha, Isabel, eres tú. Y no quiero, no quiero verte por ahí, fuera de casa... Me entran, al pensarlo, pensamientos muy tristes...
- ISABEL
¿Te entristeces otra vez? Ten confianza; sé fuerte. Fuerte, animoso te quiero yo.
- MIGUEL
¡Ah, Isabel! ¡Cómo me alienta el oírte así! Tú quieres que sea animoso.
- ISABEL
¡Animoso, muy animoso!
- MIGUEL
¿Para qué?
- ISABEL
Para que escribas muchos libros como esa historia de don Quijote, tan bonita.
- MIGUEL
¿Te gusta a ti ese libro?
- ISABEL
Lo sé de memoria... ¿Quieres que te diga algún capítulo? ¿Qué capítulo quieres que te diga?
- MIGUEL
¡Bah, bah! ¡Retrechín, zalamera!... Con esa labia, ¿cómo no las de cautivar a todos?
- ISABEL
¿Tú crees que tengo yo simpatía?
- MIGUEL
¿Que no tienes tú simpatía?
- ISABEL
¡Oh, si yo la tuviera! Yo quisiera tenerla para...
- MIGUEL
¿Para qué quisieras tenerla que tienes?
- ISABEL
Para hechizar a mi querido padre y decirle: «No hagas caso de parlaris y cuentos. Tú vales más que to los. E as historias y novelas tuyas son como el oro al lado de la escoria. Y la escoria con todos esos libroles sabios, muezos, eruditos que escriben los que no te llegan a ti ni a la suela del zapato.»
- MIGUEL
¿Lo crees tú eso?
- ISABEL
Y tú también.
- MIGUEL
¿Yo?
- ISABEL
Sí; pero muchas veces dudas de ti mismo, y eso es lo que yo no quiero.
- MIGUEL
¡Pues asísteme tú a todas horas y no te separes de mí.
- ISABEL
¡Nunca, nunca! ¡Siempre a tu lado! Y la prueba de que te quiero...
- MIGUEL
¿Qué?
- ISABEL
La prueba de que te quiero es que...
- MIGUEL
Lo sé.
- ISABEL
¿Quién te lo ha dicho?
- MIGUEL
Te he sorprendido. Tú no me has visto.
- ISABEL
¡Ah, no; eso no vale! ¡Yo estaba haciendo en secreto esa labor para regalártela el día de tu santo, y ahora resulta que tú estabas enterado!
- MIGUEL
Perdona mi indiscreción. Es muy bonita.
- ISABEL
¿Quieres ver cómo la llevo?
- MIGUEL
Vamos a tu cuarto.
- (Se marchan las dos.)

C I N E M A

ARTE DE MUCHEDUMBRES

por
JOSE DE LA FUENTE

El arte por el arte, desligado de tendencias, no lo comprendemos más que en una situación paradisiaca; pero mientras no lleguemos a ella, el artista, el verdadero artista, llámese Epstein o Clair, ha de sentir el dolor del mundo y

crear y trabajar para la «élite». René Clair pretende, por el contrario, que el cinematógrafo debe ser meramente «espiritual».

Por ser arte de masas, los rusos han triunfado en este terreno. Son los pri-

ble, porque va directo al alma de las multitudes, porque habla para ellas y porque, siendo el primer arte dinámico, facilita la comprensión sin grandes esfuerzos.

Esta es una de las ventajas en las que se basa la enseñanza por medio de «films». El niño comprende mejor y recibe con mayor utilidad las lecciones ilustradas. En los libros de primera enseñanza se multiplican las imágenes para hacer más llevadero y comprensible el estudio. Llegará tiempo en que estos libros hayan sido sustituidos completamente por «films» con el mismo contenido. Las perspectivas de la Historia Natural, Historias políticas o sociales, Geografía, Física, etc., están en el cinema, así como las de la educación social, técnicas diversas, aprendizajes especializados, etc.

Todavía no se han notado los horizontes del nuevo arte. Las visiones que de ellos tenemos son incompletas, por la conformación de nuestro espíritu, hecho en otra época; pero la afirmación rotunda de la revolución causada por el cinematógrafo es evidente, y sólo puede reducirle a unos pedantes límites estrechos algún que otro miope.

No habíamos ni siquiera supuesto sus límites cuando, para sumirnos en el estupor, aparece el cinema sonoro. Los horizontes, las perspectivas de antes resultan empobrecidas comparándolas con las actuales. Sólo pensando en la fuerza antianalfabética que ahora puede ofrecer, nos hacemos ilusiones de un futuro, no muy lejano, en que toda ignorancia esté abolida del mundo con todas sus revolucionarias consecuencias.

El querer reducirlo al discutible terreno de las minorías sería pretender robar lo que en principio pertenece a todos, llevar el capitalismo hasta el extremo.

Y esto no se puede hacer.



Un momento de la más nueva película de "Ufa", *El Diablo blanco*, filmada por Walkoff, según el argumento de la novela de Tolstol.

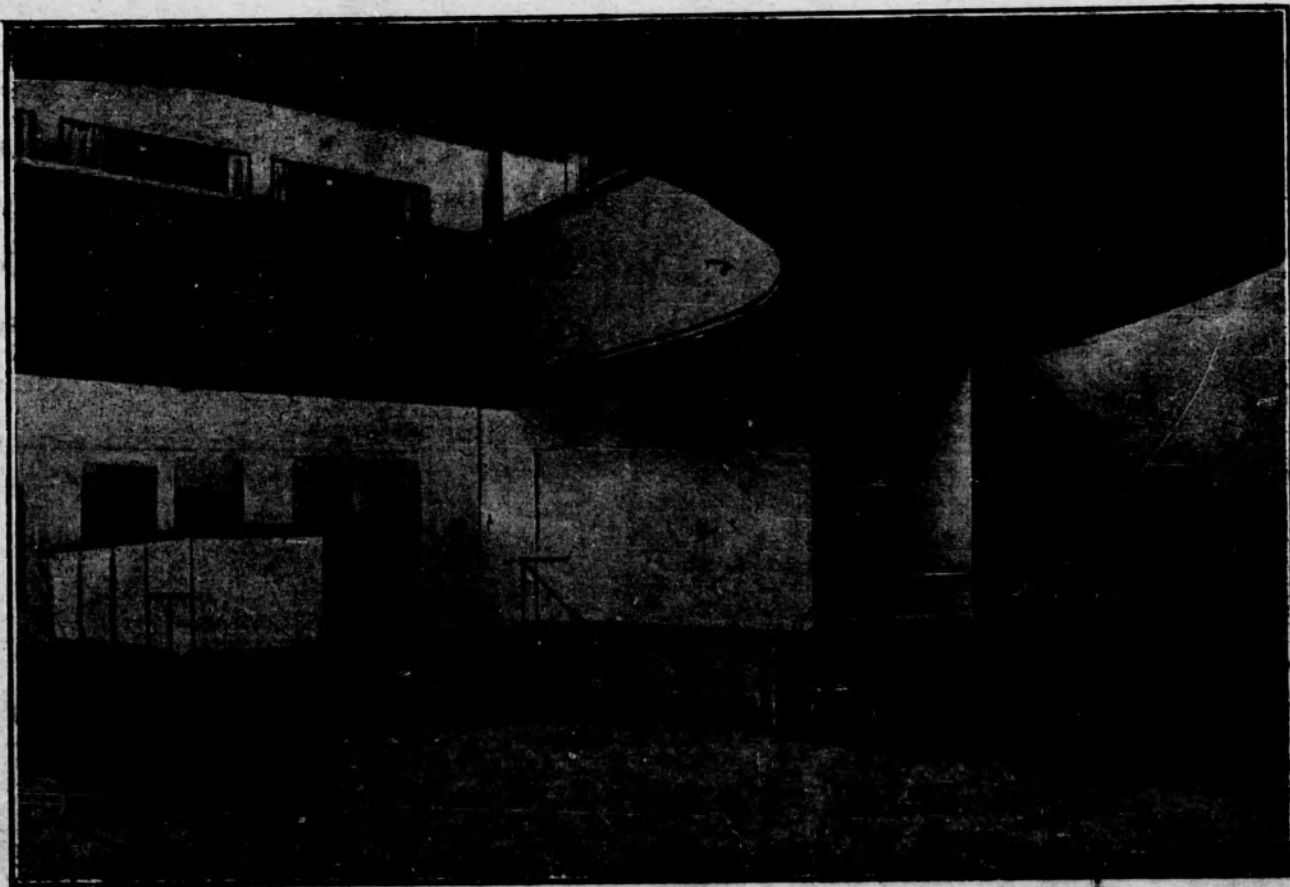
ha de traducirlo, ya en ironías o bien en profecías. Nadie se puede escapar a las inquietudes actuales, y mucho menos los artistas del cinema, que han de depender en absoluto de las necesidades morales de su público, que es la masa, la tan despreciada galería, para la que el cinema es un texto de estudio, de educación, que, bien orientado, dé los resultados que ya podemos comprobar en Asia, gracias a la eficaz labor de las «films» soviéticas.

El cinema es un arte eminentemente propagandista. Es vehículo de ideas, modas, costumbres, aunque no quiera. Es, por lo tanto, un arte de muchedumbres, no de una minoría, sospechosamente selecta, como alguien pretende hacerlo. Por eso estaban retirados de él los «intelectuales». Más nos valía que no se hubiesen acercado, porque no quieren hacer arte de masas; la desprecian, sin saber que es ella la fuerza y la inteligencia que rige el mundo. Algunos, verdaderos valores, han comprendido esto y trabajan en pos de ello. León Moussinac, en *Naissance du cinema*, dice: «Como el teatro de Esquilo, de Shakespeare, de Molière, el cinema será popular o no existirá.» Jean Epstein afirma, en la *Revue Hebdomadaire*, que «hacen falta al cinema sus cien millones de ojos. Hay necesidad de esta muchedumbre para vivir y para progresar».

No abundamos las citas porque esto no da el convencimiento. Ha sido un apoyo, una ayuda para demostrar que no todos los intelectuales pretenden

meros que al nacionalizarle han racionalizado el cinema. La propaganda comunista que hacen está introducida en un vehículo más artístico, más agradable, más humano que el que emplean los americanos en su propaganda de costumbres burguesas.

El cinema en manos de quien lo sepa manejar o tenga libertad para hacerlo, es un arma de captación formidable.



Ayuntamiento de Madrid
Hall de entrada en un cine de Berlín.

UNIVERSIDAD ACONFESIONALISMO Y POLITICA

por JOSE LOPEZ-REY

Frecuentemente se muestran inconciliables estos dos términos al ser mantenidos o combatidos por un individuo universitario: Un estudiante de los que encomiendan su vida escolar a la regencia de un obispo, combatirá primero la política y luego el aconfesionalismo en el que supone envainada aquélla.

Luego alardeará, ufano, de su restrictivo apellido confesional.

Parece como si los hijos de los afiliados a la U. P. hubieran seguido el intrincado ejemplo de sus padres, ideadores del modo apolítico de la política, inventando ellos ahora la manera confesional de la aconfesionalidad.

Un estudiante «profesional» titubea creyendo ver hendida su limpia adscripción a la Universidad por el afán que le hace abrir las aulas al viento de la calle.

Acaso el titubeo de quien se siente contradictoriamente cruzado por dos solicitudes y el ademán expeditivo de quien las resuelva mañeramente, basten para ponderar la honradez de cada uno. Pero no es el discernimiento de ésta, por superfluo, lo que mueve a escribir este artículo, que no tiene pretensión de confundir a enemigos, sino de aclarar los escrúpulos de quienes temen hollar con su paso su cardinal preocupación.

ACONFESIONALISMO. — Los que propugnan éste se oponen a que la Universidad adopte definición política, re-

husando cuanto pueda distraerla de su auténtica función.

Dicen: La Universidad es—debe ser—superior centro de cultura. Los que allí van han de hacerlo por escueto afán de ésta. No van a, sofísticamente, aprehender argumentos para mantener tal o cual idea, sino en busca de ideas. No se va buscando una ganzúa, sino un camino. Y ganzúa buscan los que quieren que en la Universidad articulasen externamente su intimidad religiosa, que cuando es auténtica es política.

Mas tal aspiración apenas existe, sino encubriendo más bajo propósito. Al católico español no le interesa aclarar, en ademán oferente, sus ideas, sino incrustarlas. De ahí el fracaso de su catequesis, cuya única arma eficaz viene siendo la coacción. Y ésta, lo más frecuente—cuando no se colorea de venalidad—, en forma de anatema.

En tal guisa han llegado los muñidores de la agremiación católica a los claustros pidiendo a los estudiantes inscribirse en sus filas. Baldíamente: el estudiante las evita, porque halla en su rótulo contradicción o impertinente redundancia con sus ideas.

Sólo aquellos para quienes la contradicción no cala a lo moral o aquellos para quienes la redundancia y la impertinencia son castizas esencias, acuden al llamamiento.

Los estudiantes, en suma, afirman que

para ellos el único motivo de asociación es su profesionalidad, que sus solos fines comunes son los docentes. Y que el agruparse en torno a credos políticos o religiosos es dividirse y llevar contiendas adonde sólo debe haber comunidad de ocupación.

POLITICA. — Pero si la Universidad es centro de cultura, no es la cultura misma. Si su interno sosiego le procura acatamiento social, este mismo acatamiento la inviste de autoridad y le infunde responsabilidad.

La cultura de una nación no se halla sólo en las aulas, sino viviente a lo largo de sus instituciones. De las sociales. De las jurídicas. De las políticas.

Sentirse centro, vigía suyo es deber de la Universidad, cuando sanamente siente en su pulso la sangre del tiempo y de la patria. Y que en tal vigilancia haya de ponderar su agresividad no significa que haya de excluirla.

Así, si principios políticos por siempre incorporados a la cultura de su tiempo son ofendidos y forcejean aquellos a quienes se hicieron ya somero sentimiento y aquellos para quienes se enquistaron su animadversión; si la faz representativa de la nación toma gesto truhanesco; si las normas jurídicas son infrigidas; si la libertad, fina obra de cultura, es secuestrada, deber de la Universidad es denunciarlo desde su puesto vigilante. Sin tener predefinición política, buscarla, denunciarla, y, en la íntegra medida de sus posibilidades, combatirla sirviendo puros intereses de cultura, entre los que los políticos tienen neto e inaprazable valor. Tal, hoy.

SCHKID. LA REPUBLICA DE LOS VAGABUNDOS

por BELYK y PANTELEEV

Traducción del alemán de W. Roces

423 páginas.—Sels pesetas

«A través de las páginas de este libro, vivido y viviente, el lector sensible verá, con la emoción del que asiste al alumbramiento de una criatura, cómo ese tipo de hombre nuevo, y mejor que el tipo el hombre mismo, se va arrancando trabajosamente a los primeros materiales bárbaros, que es el único que puede dar la Naturaleza. Detrás de tanto libro de guerra y del espectáculo de destrucción de hombres y generaciones, es consolador poder asistir en éste a una gestación y a un nacimiento.»

Pedidos contra reembolso a

Editorial Cenit, S. A. Apartado 1.229.—MADRID

Exclusiva de librerías: C. I. A. P. Librería Fé, Puerta del Sol, 15.—MADRID

Romanticismo y Academia

Un siglo de experiencia

por Adolfo Salazar

(Conclusión)

III

Categorías retóricas, a las cuales bastaba una definición más o menos exacta en sí misma, pero que no se desprendía de la realidad objetiva, sino que la precedía, forzándola de antemano a una inflexión particular; programa, pues, perfectamente romántico, en donde el sentimiento o la voluntad sentimental determinan la forma. Así, esos tipos de neoclasicismo arquitectónico o poético que han seguido históricamente a cada período barroco, de cuyos excesos querían ser triaca, sin comprender que lo único que hacían era cambiar de tema; mas enfocándolo con la idéntica predisposición sentimental. Se adjudicó *a priori* al clasicismo un poder de subordinación de la sensibilidad a la inteligencia y en una decidida voluntad a ser clásicos (como si ello no constituyese una fantasía romántica de la más pura especie), se comenzó desde la Asamblea del 89 por crear entidades dominadoras: «Libertad», «Igualdad», «Fraternidad», y después se cantaron odas y crearon fiestas corales para divinizar a la diosa Razón, al Sér Supremo, a la incorruptible Justicia. Así nacido, el Positivismo iba a crear otra diosa de la misma familia: la Economía, y hasta la ciencia más precisa y remota, la Mecánica Celeste, era para los contemporáneos de Laplace lo que la Botánica en manos de Rousseau. Todos nosotros hemos conocido la iniciación sentimental en las ciencias naturales a través de Flammarión y sus congéneres, en cuyo cientifismo novelista el Diplodocus o la nebulosa de Orión conservan aún fragante esa ambición órfica de los primeros años románticos.

* * *

La disyuntiva entre sentimiento y razón ha sido el tema pertinaz de la crítica estética del último siglo, como si el romanticismo no tuviese «sus razones». Se hizo decisivo para juzgar una obra de arte el que predominase en ella la forma o el sentimiento; predominio, naturalmente, entendido según las apetencias del tiempo, y sin querer ver que si el Romanticismo creaba nuevas formas adecuadas al tipo sentimental procedía exactamente como los que en sus tiempos crearon aquellas otras formas que se denominaron «puras»; pero cuya principal pureza consistía en que le estaban impuestas al artista por una exigencia social que le relegaba a una categoría servil, mientras que el Romanticismo, consecuente con su idea de libertad, buscaba una forma libre, idónea con el motivo inspirador; mas no por eso imperfecta. Si hubo imperfección por parte de algunos se debe a su particular debilidad como artistas, debilidad técnica y tectónica contra la cual existían reacciones violentas, como la de los Parnasianos, tan semejantes en rasgos generales a sus contemporáneos pintores. Que basta con pasear por las salas francesas del museo del Louvre con una Antología en la mano para comprobar el postulado de Spengler de que dos artes de una época se parecen más entre sí que dos fases distantes de un mismo arte. El helenismo revive en Leconte de L'Isle, el exotismo de Gautier se particulariza en el criollismo de Heredia y de Baudelaire, y con el funambulismo de Banville se crea, un poco por todos, esa «bohème», tipo neto de un romanticismo trashumante, que alcanza su climax en Verlaine, el admirable, el perfecto, impecable Verlaine. Que éste retuerza el pescuezo a la elocuencia o que la elocuencia derrame sus olas verbales con Hugo, o con Flaubert, con Stendhal o con Balzac, todo es uno y lo mismo, el patinismo de Leconte, el marmóreo, o el cristianismo de Renan; en Tréguier pudo haber vivido Emma Bovary; Megara y Byblos son pasto exótico de la misma apetencia; el nazareno Jesús pudo haber desfilado por las páginas visionarias de *Las tentaciones de San Antonio*, *Confu-*

sión en los géneros es, para Lasserre, una definición del Romanticismo, que en las *Correspondencias*, de Baudelaire, alcanza su más perfecta expresión estética. Creer que la forma, nada confusa, de los románticos fué fruto esporádico de la casualidad es tan absurdo como pensar que Mozart descubrió la forma de sus sinfonías por puro cálculo, como Pascal las proposiciones de Euclides.

Yo creo que una de las cualidades esenciales del Romanticismo ha consistido en la propensión a conceder una categoría de exclusividad a un concepto cualquiera, en perjuicio de todos los demás. De este modo se hace fácil comprender cómo dentro del Romanticismo caben las actitudes más opuestas y los puntos de vista más diversos. Romanticismo equivaldría, en este caso, a Extremismo, que es, desde luego, una de sus actitudes peculiares. Conviene no confundir matices y gustos propios a los años en que el Romanticismo llega a su apogeo, con lo que es esencial a la «idea» romántica, aunque aquéllos le den un sazamiento especial. Por otra parte, gentes arrebatadas han existido en todo tiempo, pero ese arrebatado de su obra o de su temperamento era la excepción, mientras que en el Romanticismo era norma típica. Si se tiene esto en cuenta, no habrá peligro en caer en confusiones diciendo que Juan Cristián Bach era un «romántico» (es decir, que se comportaba al gusto de los románticos), mientras que Leconte de L'Isle era un «clásico», es decir, que sentía afición a un cierto helenismo de reciente cuño.

El geometrismo abstracto de Picasso y, en general, la actual vuelta a la forma—esto es, a las formas pretéritas, que, por desuso, se han enfriado hasta un grado apetecible por contraste con las formas pasionales, cosa que viene a ser una adaptación del medio a nuestras necesidades, fenómeno esencial del Romanticismo—no significa una oposición contra la totalidad de las cosas, sino contra ciertos aspectos de ellas, que han dejado de ser inactuales en un momento preciso, lo cual no quiere decir que se haya vaciado su contenido, sino que, al contrario, han saturado nuestra capacidad, del mismo modo que un alimento deja de ser apetitoso, no porque se haya consumido su cualidad alimenticia, sino porque ella ha alimentado nuestra necesidad hasta un punto que convierte en superfluo al agente, mientras tanto que no se descargue el organismo ahito—, este movimiento actual que comenzó en la música por la evocación de las formas danzables de la «suite» dieciochesca y por la manera novecentista de enfocar la forma de Fuga, y después en la pintura por la divinización de la

EL MEJOR MEDIO DE AYUDAR A "NUEVA ESPAÑA" ES SUSCRIBIRSE

**Para suscribirse a NUEVA ESPAÑA
basta con remitir una tarjeta a la Ad-
ministración, Altamirano, 18, Madrid,
y por Giro Postal, 4 u 8 pesetas para
12 ó 24 números, respectivamente**

**Todo simpatizante con NUEVA ES-
PAÑA debe remitirnos direcciones de
posibles suscriptores**

geometría y de lo específico de los valores puros, es netamente una exageración, una pasión romántica, con su exclusivismo típico y su desprecio de todo valor colaborador, a los que se considera superfluos. El discursismo de la estética actual, su enconado razonamiento, adolece en la mayor parte de los casos de una falta de razón asombrosa, de una violenta voluntad de razón imperiosa, dictatorial y fulminante, como «re»-volución que es, o sea «re»-movimiento, «re»-gresión, reacciones a las que se dota generosamente de una gran capacidad de alcance, por más que su radio sea de vista corta. La alternación entre revolución y regresión es constante en el Romanticismo, la innovación tanto como el academismo. *Destrucción que se toma por creación, regresión a la que se cree progreso, servidumbre que se proclama por liberación*, constituyen para Lasserre otros tantos aspectos del alma romántica, y la recíproca es cierta en la misma medida, postulado que generaliza el famoso adversario del Romanticismo diciendo que es un partido de individualismo absoluto en el pensamiento y en el sentimiento. Pero se equivocaría toscamente quien en las actuales revoluciones de dictadura estatal viera un movimiento anti-individualista, siendo así que, como toda oligarquía, es el entronizamiento de una voluntad singular contra la muchedumbre de voluntades plurales. De París a Moscú y de Marat a Lenin, el péndulo no ha tenido un momento de quietud, ni lo tendrá jamás mientras haya vida en el planeta. El cambio de jerarquías y su alternación es consecuencia del dinamismo romántico, y ellas, como los principios retóricos, acaban en un callejón sin salida del individuo exaltado a la categoría inmortal: César o miembro del Instituto. El apotegma del gran romántico que fué Delacroix: *l'on finit toujours par le fini*, presagia ya la muerte académica de toda revolución, y nuestra época tiene dónde escoger, sea en Debussy, en Ravel, en Schoenberg, en el mismo Strawinsky, en Picasso, en la infinitud de escritores franceses de la época de guerra, contra los cuales ha reaccionado ese tipo de imperfección siempre distinta y siempre actual, ese «mal de cada día», que tiene una perentoriedad vital, palpitante, efímera; pero cada día renovada: una enfermedad que es una virtud, y cuya imagen fiel se observa en el periodismo, la gran creación romántica y su símbolo fervoroso.

IV

Derechos del hombre, de la plena Humanidad colindante con los dioses olímpicos; derechos del burgués, de la clase llana, inteligente y sensible; derechos de la mano de obra, de la colaboración mecánica de la inteligencia, indispensable como factor material, pero necesariamente subordinada; sin embargo, equiparada con la facultad creadora, según una tasa económica del valor de la producción: tales son las tres etapas por las que ha pasado la revolución romántica, o sea la liberación de jerarquías impuestas por prerrogativas de sangre y de historia. Un movimiento, pues, impelido de abajo a arriba desde la más profunda conciencia de ser, la cual va descubriendo esa interioridad en sus tres fases sucesivas que salen a la luz exigiendo el cumplimiento de un derecho: el derecho a ser, a existir; derecho que se equipara en seguida y declara batalla al derecho que se encuentra previamente establecido. Derecho del hombre, de la Humanidad, en su cualidad divina, asistida por todo un cortejo de atributos de un brillo un poco operístico, y que se concretan en seguida en dos más ceñidos y de mayor calibre: sentimiento y razón, sensibilidad e inteligencia, fase, ésta, que corresponde al auge del Romanticismo. Más tarde, derecho de las funciones fisiológicas, como imperativo primordial; principio de la vida que, por una reversión típicamente romántica se convierte *ipso facto* en fin supremo. El movimiento ascensional de donde mana la fuente dinámica de la revolución romántica, una vez arribado al punto apetecido adquiere ese instante de plenitud que es, en síntesis, lo «clásico». Tiende a de-

tenerse, a entronizarse, a convertir la necesidad primaria en norma imperativa. La entidad Estado se cimenta por turno en cada uno de sus postulados y generaliza *volens nolens* la individual apetencia convirtiéndola en norma universal. Nace el Código, entidad suprema del clasicismo. Del clasicismo, ilusión suprema de todo movimiento romántico. Museo de todos los Cézannes. Coronación imperial de todo arrivismo. Fase final de un ciclo en la cual acabamos de poner el pie y de la que Roma, Moscú son enérgicos síntomas. Vuelta a empezar, pues, nueva carrera hasta que liquidada enteramente la cultura cristiana se llegue a un nuevo estado religioso y cesáreo cuya ruina comenzará a gestarse desde el momento mismo de su proclamación. Cristo sube al Cielo al morir como hijo del Hombre. Y el hijo del Hombre comienza a arrojarle del Cielo desde aquel instante mismo.

Queramos o no, somos rueda en la máquina, grano en el torbellino. Nos movemos según nos mueven. Hijos del tiempo en que vivimos, no escaparemos a su imperativo merced a artificios retóricos. La única moral concebible es la de responder alegremente al impulso vital, obedecer al impulso, a la interna apetencia. Todo lo más, estimularla con vermutos ideológicos... o con charlas de café. No atacemos más una actitud viva en nombre de un principio retórico. Que cada cual cumpla lo más fielmente que pueda el papel al que le obliga un determinismo ciego: éste, declarándose antirromántico; este otro declarándose clasicista: odio y amor que fueron polos del siglo romántico y de todos los siglos. En el mejor de los casos, ponga empeño en una labor útil, en un arte útil, no en un arte egoísta, egocéntrico y voluntarioso. Vaya, eso sí, impulsado por una voluntad recia. Voluntad de marcha, por lo mazorril o por lo pulido, por la senda o por la escarpadura, por el cielo o por el infierno, por lo frígido o por lo cálido; seamos fieles a nuestra norma interior y esa fidelidad nos dará un estilo.

EDITORIAL PLUTARCO

ACABA DE PUBLICARSE:

Segundo tomo y mapas de

La España del Cid

DE

Ramón Menéndez Pidal

Director de la Real Academia Española

VIDAS

CAVOUR

DE

Mauricio Paleologo

de la Academia Francesa

Colección de autores contemporáneos

Ediciones reducidas y numeradas, en papel de hilo:

LA AMANTE, versos, segunda edición, por Rafael Alberti.

EL ARTE DE BIRLIBIRLOQUE, por José Bergamín.

LECTURAS DE HISTORIA DE ESPAÑA

por

Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Vinas

El drama de una generación **CARTA DE PARIS**

por J. G. GORKIN

Dos de los escritores más destacados hoy y más representativos de la nueva generación de escritores de ambos lados del Rin, Glaeser y Arland, han planteado con un corto intervalo, el primero en un largo artículo, el segundo en una entrevista, un problema que constituye, digámoslo así, la preocupación máxima de una serie de intelectuales, sobre todo jóvenes, en todos los países, y particularmente en aquellos que sufrieron y sufren de la guerra: me refiero al problema del hombre y de las clases en el arte. El autor de *Los que teníamos doce años* nos habla del «hombre sin clase», y el joven laureado del premio Goncourt, el autor de *El orden*, refiriéndose al obrero, dice: «En presencia de un obrero veo, ante todo, al hombre; sólo después se me ocurre pensar en su clase.» Esta manera de plantear el problema encierra, a mi entender, lo que yo llamo—con mi amigo Habaru, redactor jefe de *Monde*—el drama de una generación.

Este mismo «drama» se refleja en la obra de otros muchos jóvenes escritores alemanes y franceses—limitémonos a los de estos dos países—, y particularmente en la novela *Berlin-Alexanderplatz*, de Doebelin, y en el libelo filosófico-literario *Muerte del pensamiento burgués*, de Berl, por no citar más que a éstos. Doebelin nos refiere, al parecer, la vida privada de un hombre, Bieberkopf, personaje complejo, anárquico, inquieto, atormentado, desesperado. Es un personaje ideológico y socialmente representativo de una época transitoria, la actual, y de una generación intelectual que lucha consigo misma, que sufre, que se busca. Bieberkopf es el propio Doebelin, como Gilberto, el héroe central de *El orden*, es el intérprete de Arland. (Quizá fuera más exacto decir que a Arland se lo disputan Justino y Gilberto, el representante del orden burgués y el que se levanta contra él en la novela.) Doebelin ha colocado a su personaje «entre las clases»; Arland pretende colocar al suyo o a los suyos «por encima de las clases». (¿No recuerda esto singularmente la actitud de Romain Rolland durante la guerra: *Por encima de la pelea*?) A su vez Berl, en sus libelos—lléva publicados dos y anuncia tres más con el mismo título genérico—, arremete violentamente, casi rabiosamen-

te, contra los actuales valores del pensamiento, la cultura y la civilización burgueses. De esta implacable trituración, sólo dos valores literarios se salvan, el uno muerto y el otro vivo: Zola y Barbusse, por enemigos del pensamiento burgués, cuya muerte proclama. Pero Berl se encierra en una crítica negativa, que le coloca intelectualmente contra la clase burguesa, sin que pueda decirse que está del lado de la clase obrera. No puede decirse de él que coloque al individuo sobre la clase; pero sí que, como Glaeser, Arland, Doebelin, se coloca al margen o por encima de las clases.

¿Cuáles son las causas determinantes de este estado de espíritu de los valores más destacados y representativos de la nueva generación de escritores? Trátemos de penetrar en ellas.

El espíritu de rebeldía frente a la guerra

Estos escritores, como los personajes de *Los que teníamos doce años*, han vivido la guerra. Al comienzo, sintiéronse arrastrados por el entusiasmo bélico; después empezaron a sentir terribles dudas; finalmente se produjo en ellos una

violenta reacción contra la guerra, que llenó su espíritu de rebeldía. «¡Nos han engañado!», gritaron apretando los puños. Y este grito significaba un derrumbamiento en sus conciencias: el derrumbamiento del edificio social existente, que se tambaleaba asimismo en la realidad. ¿La Patria? ¿La Moral? ¿La Justicia? ¿El Derecho? ¿La Religión? ¿La Democracia incluso? Eran otros tantos ídolos que había que quemar. Todo eso había conducido, en los diferentes países, a la guerra. «¡Nos han engañado!» Y este grito desesperado de sus conciencias les arrojó en la revolución.

Entendámonos. Existe una gran diferencia entre un rebelde y un revolucionario. Un rebelde puede ser aquel que se deja arrebatar en un momento de indignación moral, de revuelta social, de protesta sentimental. Un revolucionario es un rebelde «en permanencia», consciente, convencido, firme; una idea hecha hombre; una conciencia inmovible ante los azares de la batalla que libra. Rebeldes hay muchos; revolucionarios de veras, muy pocos. Nuestros jóvenes intelectuales eran rebeldes, no revolucionarios. Hubo un momento de coincidencia entre su rebeldía íntima y el desarrollo de las fuerzas sociales de la revolución. Y ésta les arrastró. Fueron, como se les bautizó en Rusia, «los compañeros de ruta».

Si la revolución internacional que conmovió un momento los cimientos del viejo edificio hubiera triunfado, les hubiera conquistado definitivamente o, al menos, por un largo período. Y hubieran sido, como en Rusia, los cantores de las gestas revolucionarias. Pero la revolución internacional fracasó. Los propios dirigentes del país en que triunfó, constituidos en casta burocrática con ribetes de autocrática, la conducen hacia su 9 Termidor. Los jóvenes intelectuales rebeldes sintiéronse defraudados por la guerra. Los que parecían destinados a cantar las gestas revolucionarias en los diferentes países de la vieja Europa, arrojados al golfo por las olas de la reacción contrarrevolucionaria, han permanecido unos años silenciosos, roídos por el escepticismo y la desesperación. Ahora irrumpen en la vida literaria, con su nihilismo intelectual, buscándose dramáticamente a sí mismos en esta tregua entre dos mareas.



La creación del Banco Internacional de Pagos
—¡A cobrar! Ayuntamiento de Madrid

El hombre y las clases, individualismo y socialismo

Pero tratemos de profundizar un poco más en este drama. Digamos, en primer lugar, que éste nace de la posición falsa en que, a mi juicio, se encuentran colocados. Esta posición es por demás paradójica y compleja: individualmente, parece lógica; socialmente, resulta falsa. Enemigos del pensamiento burgués, de la cultura y de la civilización burguesa, por su rencor rebelde contra la guerra — las numerosas novelas de guerra que han surgido en estos últimos tiempos son una prueba de la persistencia de este rencor rebelde —; pero sin por ello ser amigos del proletariado — amigos conforme a la terminología de las clases —, su posición de hombres «sin clase» o de hombres «entre» o «por encima» de las clases parece lógica. Pero la lógica pertenece al dominio de lo abstracto, mientras que la sociedad y las clases son cosas concretas. Al hablar del «hombre en sí» y del «hombre-obrero», nuestros jóvenes intelectuales emplean un lenguaje abstracto. Para Glaeser, por ejemplo, un «hombre sin clase» es aquel, obrero o burgués, que no se encuentra ideológicamente al lado de una clase social determinada, o que permanece al margen de la lucha de clases. Según este razonamiento, al margen de las clases permanecen la inmensa mayoría de los hombres. En lugar de establecer la diferencia entre los hombres con conciencia de clase y los hombres sin conciencia de clase, su manera racionalista, abstracta,

de situar a los hombres, le lleva a hablar de los hombres con o sin clase. No comprende que la clase se determina, contrariamente a los partidos políticos, económicamente y no ideológicamente. Todo obrero que vive del producto de su trabajo, piense en comunista o en monárquico, pertenece socialmente a la clase obrera, lo mismo que todo burgués que vive de su capital, aun cuando se le ocurra proclamarse de acuerdo con Bakunín, pertenece a la clase burguesa. Por otra parte, la condición económica del hombre determina su situación social, moral, etcétera. Un obrero no suele saber conducir un auto o tocar el piano, por la sencilla razón de que sus condiciones económicas no le permiten tener auto ni piano. A menos de que sea chófer o pianista de profesión. Y es más probable que un capitalista se sienta ideológicamente más conservador que un proletario, porque tiene más que conservar.

Estas verdades, que llamaremos, empleando la expresión de Courteline, «verdades primas», no creo que puedan ser discutidas hoy por ningún espíritu realista. Y aceptándolas como tales, ¿puede defenderse la idea de que el arte cumple su misión limitándose a estudiar, a interpretar las reacciones psicológicas, sentimentales, intelectuales del hombre, sin tener en cuenta su situación material, que es la que determina principalmente dichas reacciones?

El drama de los Glaeser, los Arland, los Doeblin, los Berl nace, a nuestro juicio, de la doble contradicción de preten-

der vivir y desarrollarse al margen o por encima de las clases en una sociedad en que la vida se determina por el juego de las clases y en encerrarse en un individualismo caduco en una sociedad que sigue el ritmo que le trazan las fuerzas colectivas, sociales. La racionalización industrial, el metropolitano, la Bolsa, la organización en Sindicatos, etcétera, le imprime un ritmo social a la vida de los hombres, como el problema de las deudas de guerra, de los mercados coloniales, de la revolución rusa, etcétera, le imprimen su ritmo a la política mundial. ¿Qué viene a hacer el individualismo frente a estas fuerzas sociales? Ideológicamente su drama es que reniegan de la democracia — de la democracia que no fué capaz de impedir la guerra —, mientras se niegan a tomar posición entre el fascismo y el comunismo (cuando no hacen, como algunos vanguardistas españoles, que solucionan el problema metiéndolos a los dos en el mismo saco).

¿Podrán permanecer largo tiempo en esta posición falsa? No lo creo. ¿De qué lado se inclinarán al fin? He aquí la incógnita. Si el régimen actual logra consolidarse y asegurarse la vida a la humanidad durante un período relativamente largo, es casi seguro que acabará por absolverlos totalmente. Y en el caso contrario... ¿Serán los nuevos «compañeros de ruta» o, sobrepasados por los acontecimientos, preferirán ser los Bunín, los Garín y los Merejkovski de sus respectivos países?

París, enero de 1930.

Publicaciones de la Revista de Occidente

“Investigaciones lógicas”

por E. Husserl

El libro filosófico más importante aparecido en este siglo.

Cuatro tomos, a 10 pts. cada uno.

“Los seis grandes temas de la metafísica occidental”

por Heinz Heimsöth

12,50 pesetas

Acaba de ponerse a la venta.

“El mundo de las sensaciones táctiles”

por David Katz

Un volumen con once láminas. Precio: 10 pesetas

JAVIER MORATA HA PUBLICADO:

Villanueva: EL MOMENTO CONSTITUCIONAL.—5 pts.

Villanueva: ¿QUE HA PASADO AQUI?—5 pts.
Vital Aza: FEMINISMO Y SEXO.—4 pts.

Coutts: EL DESEO DE MATAR Y EL INSTINTO SEXUAL.—4 pts.

Barcia Goyanes: LA VIDA, EL SEXO Y LA HERENCIA.—8 pts.

Feyjoó: LOS HOMBRES DE VIDRIO.—4 pts.
López Ureña: EL MISTERIO DE LA VIDA.—6 pts.

Gabriel Maura: AL SERVICIO DE LA HISTORIA.—Bosquejo Histórico de la Dictadura.—5 pts.
Polo Flayo: EL GRAN ESCLAVO - EL MEDICO.—5pts.

Torrubiano: EL DIVORCIO VINCULAR Y EL DOGMA CATOLICO.—7,50 pts.

Plá: LA MISION INTERNACIONAL DE LA RAZA HISPANICA.—3 pts.

Roso de Luna: ABERRACIONES PSIQUICAS DEL SEXO.—10 pts.

Valdés Lambea: TUBERCULOSOS Y NO TUBERCULOSOS.—5 pts.

Ruiz-Funes: ENDOCRINOLOGIA Y CRIMINALIDAD.—15 pts.

Torrubiano: BEATERIA Y RELIGION.—5 pts.
Novoa Santos: EL INSTINTO DE LA MUERTE.—4 pts.

En todas las librerías de España y América

INTERROGANTE DE PANAIT ISTRATI EN TOLEDO

por

RAMON J. SENDER

La vida y la ilusión parecen irreconciliables, y el artista tiene que optar a tiempo y defender heroicamente la posición adoptada. Casi todos los que se quedan del lado de la ilusión, espiritualizando sus sentimientos, idealizando sus pasiones, acaban bajo la venganza implacable de la vida, que no tolera desdenes. Panait Istrati la venció definitivamente—con efusión de sangre—, y vive ya, des-cuidado, su sueño.

Todos saben los pormenores de la contienda. Sólo cuando el triunfo fué absoluto se decidió a escribir. La vida, herida en el propio pecho por un pistoletazo, ha quedado escarmentada, y no volverá a avasallar al escritor, señor ya de su íntimo universo.

—He aquí un nuevo Gorki—dijo Romain Rolland.

Todos los artistas, aun en los momentos de más honda originalidad, son una consecuencia; pero el precedente que señala R. Rolland no es exacto. Pensó quizá halagar a Istrati, sin tener en cuenta que un nuevo Gorki, un nuevo Dostoiewski, sólo son mixtificaciones. Las palabras augurales tantean la definición, sin encontrarla nunca. Es demasiado pronto. Y luego el artista se preocupa de huir del definidor, tras del cual le amenaza casi siempre el vacío sin eco.

Istrati ha huído suavemente de los encasillados, y los franceses, que necesitan ideas claras sobre sus propios sentimientos, y que no acertaban a definir lo que esa prosa tibia y honda les despertaba, descansaron con una palabra: judaísmo. Pero esto no tiene apenas más que un sentido religioso, y creer que es una definición equivaldría a suponer que la conciencia del universo se puede aislar por un sistema eliminatorio.

Encontramos a P. Istrati en Toledo. Nos acompañaba una muchacha extranjera, de un país lo bastante lejano para nutrir una imaginación un poco cansada. ¿Turismo neutro? ¿Amor? Ella encontraba que en «Polonia» había calles y casas tan viejas y tan sucias, aunque no tan siniestras. Esto es turismo. En un pasadizo lóbrego, medio santuario, medio mingitorio—noche agonizante del siglo XIV, que no acaba de morir a pesar de este olor a amoníaco—, me preguntó si creía en Dios. «Algunas veces—dije—lo veo asomarse a tus ojos.» Esto es amor. Ella se colgó de mi brazo y dedujo:

—¡Ah, Bien! Tú ves a Dios en la natura. En «Polonia» hay también cada cual así...

Al día siguiente, en la sinagoga de Santa María la Blanca, voy explicándole:

—Aquel costal de ramilla seca que hay en el fondo, sobre el ara, simboliza el sacrificio de Isaac.

Recurre apresuradamente a la *Guide bleu*, de Hachette, para comprobarlo: «...l'intérieur où l'on pénètre par une belle porte de mélèze restaurée est divisé en 5 nefs par 32 gros piliers...» No dice nada del costal de leña y, por lo

tanto, no lo cree. Ríe estrepitosamente, sin coquetería, y dice:

—*¡Quel mocqueur!*

Luego cuenta las naves y las columnas, sorprendida por la exactitud:

—¡Oh, cómo son inteligentes los franceses!

Y un hombre grueso, bajito, de traza ligeramente japonesa, viene, se inclina y muestra medio cigarrillo recién partido al final de una boquilla de ámbar. Enciende con el mío. Sus rasgos no me son desconocidos; se lo digo a ella, y queda él expectante para advertir en seguida:

—Istrati.

—Panait, l'écrivain?

Afirma rápidamente. La sinagoga cobra un aire trascendental. Fuera hay un coche charolado, enorme. En el jardincillo le esperan otros tres turistas de tipo internacional. Hay algún chaquet francés. ¿Este es el romántico desahogado de Kyra Kyralina? Sonríe, nos ofrece su corta mano; dos inclinaciones excesivas, y se va. Yo creía reconocerlo, no porque se pareciera a Istrati, sino porque me recordaba a un agregado de legación.



Cómo es, idealmente, Panait Istrati



Cómo es, realmente, Panait Istrati

Volvemos a encontrarnos en San Juan de los Reyes, en Santo Tomé y, finalmente, en el comedor del hotel. Entretanto pretendo explicar a mi compañera quién es Istrati. Aun sin seguridad de acertar, recurro al precedente de Gorki. Pero lo que en el autor ruso es aflicción cósmica y dolor de vivir, es en Istrati certidumbre de que ambos sentimientos constituyen una fuerza encaminada a algo positivo y liberador. No, no tiene claros precedentes literarios; pero sí sociales y geográficos, y de ellos la consecuencia sale más diáfana. Es extraordinaria la importancia de la Geografía en el temperamento de los hombres de letras. P. Istrati, más cerca del Mediterráneo, halla en Rumania las esencias latinas aéreas y ágiles, y tiene también la levadura eslava toscamente—o sea terriblemente—metafísica. Pero mi compañera no se orienta.

En San Juan de los Reyes, nuestro Istrati comprueba también los detalles del templo en la *Guide bleu*. Cada vez que nos cruzamos en la calle cambiamos saludos casi alemanes. En Santo Tomé volvemos a encontrarnos. Istrati calla mirando el cuadro del «Greco», y sus compañeros se enzarzan en una discusión internacional sobre cuál es la cabeza en la que el pintor dejó su propia fisonomía. El sacristán lo resuelve con buena prosa académica. Sigue mi perplejidad. Este no es el autor de los *Recits de Adrien Zograffi*. Es, en todo caso, el distinguido señor Istrati. Hablamos de cosas tan indiferentes, que más que un rumano parece un profesor inglés en vacaciones. Todo lo que ve le resulta demasiado lejano. En el comedor del hotel mis palabras son confrontadas por ella con rápidas miradas de través que dirige el escritor. Este lo nota y se aturde sin azoramiento. No hay manera de ligar la idea literaria de Istrati con la impresión personal y directa. Ella conoce a Baroja, y le digo que es un Baroja juvenil, con fe en el valor final de la desesperación y aun de la indiferencia; con fe vasta y profunda. En sus libros hay tipos nómadas tiernos e iluminados, que se encaraman por la escalera de cada página—prosa transparente y dura—para dar su salto mortal, como en los circos. Oncle Anghel, Stravo, Codine, Nerrantsoula. Ese Isaac, cliente de la tasca «Al infante rumano», es un Isaac con sacrificio consumado ante un dios mugriento, que se disfraza de demonio para asustar a los niños, y que P. Istrati consigue que asuste a niños y grandes. ¿Qué más? ¡Ah, la amistad! Hay un sentido místico de la amistad. Esto lo separaría ya bastante del seco individualismo de Gorki. La amistad es una hermosa compensación del amor. La amistad de la mujer fuera del plano de la pasión, por enci-

ma del amor. Y la del hombre fuera del sentimiento—característica femenina—, en las ideas. Este fervor demuestra en Istrati que no ha perdido la sensibilidad, como tantos otros, en la postguerra. Quizá el último hombre de fe infecciosa—contagiosa—que queda en Europa y que sabe prender en el nervio vital más viejo una esperanza nueva. Mi compañera quiere resumir:

—Entonces, ¿es una persona notable?

—Sí, naturalmente.

—¿Y poeta?

Un gran poeta. Quiero identificarla de algún modo con la personalidad literaria de Istrati, abandonando ya de momento esta interrogante que en la sinagoga de Santa María la Blanca se me ha planteado y sigue en creciente. La Poesía puede hacer el milagro. Recuerdo algunos pasajes, insuficientes, y, por fin, unos versos de una canción popular que canta Montrogan, y que quiero enlazar torpemente. Ella los reconoce en seguida, y los completa:

«Voy a Craiova a casarme,
porque aquí las muchachas no me quieren.
Dicen que les debo
más de mil besos
que tomé de tres jovencitas.»

Mi amiga lo mira de otra manera, y en sus ojos casi reconozco a P. Istrati. Ya hemos dicho que el escritor hirió a la vida en su propio pecho antes de reelaborarla sobre la ilusión pura. No sabemos qué fisonomía le habría de corresponder luego. Quizá sea ésa.

EDICIONES ORIENTE

4 libros que necesita usted leer:

1. TAMPICO, por J. Hergesheimer.

La «gran novela del petróleo mejicano» que tanta repercusión ha tenido en los centros financieros de Norteamérica.

2. EL JUICIO FINAL, por Cami.

El mejor humorista francés, ha consagrado su fama con esta novela «prematura», en la que se describen escenas e incidentes del juicio final.

3. LOCURA Y MUERTE DE NADIE, por Benjamín Jarnés.

Es una novela de Jarnés, y esto basta para no dudar de su interés.

4. ARIEL O LA VIDA DE SHELLEY, por André Maurois.

Pregunte usted la opinión sobre este libro de cualquiera que lo haya leído; todos coincidirán en que ninguna novela les ha producido un rato de mayor emoción que la lectura de ARIEL.

EXCLUSIVA DE VENTA EN LIBRERÍAS: C. E. P.
MARQUES DE CUBAS, 9 — MADRID

EDICIONES ORIENTE

GENERAL ARRANDO, 18 • MADRID

LO QUE DIRIA PANAIT ISTRATI

Si Panait Istrati hubiera hablado en Toledo acerca de su drama, el drama que se revela en su libro *Vers l'autre flamme*, ¿qué diría? Nos ha enviado una carta que aparecerá en varias revistas europeas; pero que por su extensión no podemos publicar íntegra ahora. En ella contesta a una burguesa que le juzga su camarada de lucha espiritual, ya que Istrati parece decepcionado de sus camaradas de lucha obrera. Es interesante observar cómo el gran escritor rechaza los conceptos de su interlocutora, en nombre de la lucha de clases.

«Para poder comprender la situación de mi clase y para que usted se dé cuenta de la distancia que de ella la separa, le diré que usted carece de un criterio, que es lo esencial de nuestra existencia. Usted ignora lo que significa sostener una lucha durante toda la vida por un pedazo de pan, y no lograrlo más que a costa de su cuerpo. Esto es una muerte sin fin.

»A inteligencia y sensibilidad iguales, la lucha por el pan engendra en el hombre un odio contra la sociedad y despierta en él un deseo de combatirla, que nin-

gún escepticismo puede atenuar. Juzgue:

»A la edad de doce años, con un certificado de estudios o sin él, dos brazos afectuosos os cogen por los hombros y os llevan a la calle, donde quedáis abandonado: «Ahora, vete, hijo mío; yo no puedo seguir sosteniéndote. Busca tu comida.» Y hete aquí en busca de tu «absoluto», y la existencia sólo es entonces una agonía.

»Sin embargo, dice usted: «Yo sé que la Humanidad que nosotros buscamos no existe...», etcétera.

»No. No somos nosotros los que buscamos la Humanidad; es USTED. Nosotros sólo buscamos el alimento, del mismo modo que los perros vagabundos. En cuanto a la Humanidad que usted busca, nosotros sabemos a qué atenernos. Que encuentre usted o no esta Humanidad, nada la impide, llegada la hora de comer y desplegada la servilleta, decir, como me lo escribe: «Debemos resignarnos y hacer cuanto esté de nuestra parte, en nuestra esfera, ya que nosotros estamos henchidos de honestidad y de piedad.»

«Nosotros... ¿Quién? ¿Usted y yo?

¡Caramba! Yo carezco de medios, señora, para estar «henchido de honestidad y de piedad». ¡No tenemos la misma honestidad ni la misma piedad. Estos son, en su ambiente, dos aspectos engañosos de la misma virtud fácil. La práctica de ellos no cuestan a usted más que los restos que quedan de su mesa. En mí forman parte de una savia que un día pudieran costarme la vida. Pues mi odio por vuestro orden no es el de un hombre de salón; es el de un hombre de la calle. Y en esta horrible calle de nuestro siglo mecánico podría suceder que me separase, no sólo de mi clase, sino también de mi último amigo.

»Mi clase, mis amigos no descienden a la calle más que para trabajar en su querida fábrica, vuestro innoble presidio, su suprema divinidad, mientras que a mis ojos la fábrica es buena para «volarla», aunque me brindase una «racionalización» muy razonada, capitalista o soviética. En la calle soy el hombre anuncio; entre el collar de la fábrica y los piojos, prefiero éstos. Estoy en mi derecho de rascarme a gusto. ¡Sin ninguna racionalización!»

LOS LIBROS

«LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES DEL MARXISMO»

Las Ediciones de Ciencias Económicas y Políticas han publicado *Las cuestiones fundamentales del Marxismo*, última obra de Jorge Plejanov, publicada hace bastantes años y desconocida hasta ahora en nuestra lengua.

Plejanov pulsó de modo profundo a su pueblo; por lo tanto, presumía los sucesos a desarrollar. Aferrado al socialismo científico y desmontando, pieza a pieza, la ardua trabazón ideológica de la doctrina materialista de la historia, presenció con sus ojos y con los del espíritu la maquinación del pensamiento del siglo XIX. Recordemos que el comunismo político se abrió a la luz del Romanticismo literario. El socialismo científico necesitaba del materialismo histórico. El comunismo que pudiéramos llamar utópico pedía más. No bastaba que los grandes ingenios acaudillasen la causa del proletariado universal. Hubo que olvidar fuentes de idealismo y beber realidad económica—Marx no se aparta de la economía—. Una opinión de Plejanov nos transmite Riazanov: El materialismo de Marx y Engels deriva del spinozismo, podado de teologías. Todo escarceo genealógico de las ideas resulta interesante y útil; pero quizás abunde demasiado en genealogías el libro de Plejanov sobre el Marxismo. «En consecuencia—dice—, el spinozismo de Marx y Engels representaba precisamente el materialismo moderno.»

En uno de los primeros capítulos aborda el tema—inicial de toda idea general—de las relaciones sociales. Esa fuerza, que estrecha a los individuos y que Marx denominaba «relaciones de

producción», y a cuya alianza llamaba «estructura económica de la sociedad». Por primera vez en el volumen busca Plejanov en su auxilio a la Geografía. Habla—a su través—Ratzel. Y se barajan conceptos, etnológicos y climatológicos.

Tanto se ha dicho—y se dirá—sobre Marx, que hay que buscar por todos los medios lo que el autor denomina «el valor metodológico del materialismo histórico». ¿Lo consigue Plejanov? A veces, sí, y a veces, no.

La primera búsqueda hacia el Arte tiene lugar hacia el romanticismo francés, justificando el «espíritu de la época». Víctor Hugo, Delacroix, Berlioz, o, lo que es lo mismo: *Dante y Virgilio*, *Hernani* y la *Sinfonía fantástica*. Es inevitable que los sociólogos manchen la causa del Arte, como aristocracia—al fin—que es. Fatalmente. Oigamos a Tiersot decir: «El movimiento de 1830 en la literatura y en el arte estaba muy lejos de tener un carácter popular.» «El movimiento en cuestión—añade Plejanov—era esencialmente burgués.»

No me explico ese reproche social al Romanticismo. El arte y la vida—lo sostendremos siempre—son términos enemigos. El arte comprende a la vida; pero ésta no comprende al arte. Que el arte fuese burgués o aristócrata es lo que valió al Romanticismo. Lo que le dió categoría estética, le restó valor social. ¿Puede salir una reforma estética de una revolución popular? No. El Arte ha de revolucionarse por sí mismo...

Compara Plejanov la revolución operada por Marx en la Ciencia Social, con la de Copérnico en la Astronomía. Podríamos añadir que como la de Darwin en Historia Natural. El gran partido de nuestro tiempo: «La Democracia So-

cialista Internacional», que se apoya sobre una «necesidad económica comprobada por una observación fiel».

Es cierto que si la burguesía ha derribado la sociedad feudal, el proletariado derribará a la burguesía. La lucha de clases es hoy el problema palpitante de ayer y el mismo de anteayer. Multiplicado por potencias nuevas.

Y Plejanov va al Anarquismo con el propósito decidido de combatirlo. Proudhon y Max Stirner tienen la palabra. Pero Plejanov no les deja hablar. O les deja hablar lo que sabe que puede combatir fácilmente.

Estudia una moral, la del Anarquismo. No creemos que la moral anarquista no tenga nada que ver con el socialismo científico. Pudiera muy bien ser una consecuencia. El anarquismo no podrá ser nunca una idea general, un partido. Para mí es un concepto, al que tengo adhesión social y literaria al mismo tiempo. Por eso no creo, como Plejanov, que los anarquistas sirven la causa de la reacción, en nombre de la Revolución, ni atropellen las derechas en nombre de la libertad individual, ni aprueben actos inmorales en nombre de la moralidad. ¿Hijo de la burguesía el anarquismo? Entonces ha asustado a su padre y le ha dado muchos disgustos durante el fin de siglo, ese romántico fin de siglo de bombas y atentados personales, de nihilistas y de literatura aplicada...

Todo ello, ¡qué lejos del actual comunismo!

Plejanov da al anarquismo carácter general. De ahí su equivocación.

Pero el actual comunismo es un hecho. El gran hecho de Europa. Su he-

chizo.

ANTONIO DE OBREGON

HENRI COLLET. «L'ESSOR DE LA MUSIQUE ESPAGNOLE AU XX SIECLE.» Max Eschiget Cie. Editores. París.

Es digno de consignarse el interés que el mundo musical extranjero se toma por la música española de este siglo, la cual alcanza, según se admite, una altura desconocida en nuestro arte musical desde tiempos remotos. Un libro de conjunto, como el que presenta el señor Collet, hispanista muy conocido y reputado, contribuye, en su pintura de un vasto panorama, a lo que otros escritores, un francés: Roland-Manuel, y un inglés: J. B. Trend, escriben en su país sobre Manuel de Falla, acerca de cuya personalidad e importancia en la música mundial publican dos libros que han de comentarse en estas columnas. No existen en el momento actual muchas figuras españolas que sean capaces de inspirar simultáneamente sendos volúmenes a escritores franceses e ingleses; mas, de cualquier modo, este libro de Henri Collet es algo más que un «panorama», al estilo parisién, de nuestra música actual, porque no trata solamente de exponer, sino de razonar los motivos de este resurgimiento. No es, con todo, este libro un resumen de teorías o de ideas estéticas desarrolladas, sino un índice de opiniones que va acompañado con una información por demás minuciosa y que abarca casi todos los sectores de nuestro arte actual. El autor agrupa los nombres y las tendencias como cree más conveniente, y alguno de esos casamientos, en general polígamos, ha de sorprender bastante en España, donde las cosas se ven de diferente manera. Pero ello importa poco, pues lo que se trata de demostrar es que la música española contemporánea ofrece un paisaje de una variedad y lozanía mucho más atractivo para el apetito de las gentes que cualquier otro, y que los extranjeros más interesados empiezan a sentir la necesidad de metodizarnos desde el punto de vista del turismo. Conviene tenerlo en cuenta.

G. MARANON.—Amor, Conveniencia y Eugenesia. Historia Nueva. Madrid, 1929.

¿En qué punto de su evolución se encuentra el mundo? ¿Es ya un viejo o, por el contrario, empieza a vivir? Es desolador sumergirse en la obscuridad de estos problemas. De vez en cuando una luz esparce una claridad llena de sombras. Sombras que ahogan, poco a poco, el débil resplandor que prendió un instante. Estas luces, que son las religiones, las teorías, más o menos filosóficas, de la razón de ser, se ahogan poco a poco en las sombras imponderables de la inteligencia. De ésta es el porvenir. Un porvenir muy lejano, tanto, que nos empuja a pensar que el mundo empieza a vivir ahora. El espectáculo, siempre interesante, de la Humanidad culmina en los actuales momentos. La verdad es que la guerra mundial arrumbó el pesado artillugio de una sociedad valetudinaria. Y sobre los calientes despojos de un viejo mundo se yerguen hombres nuevos que marcan la orientación de la vida futura. ¡Inteligencia! Y desde este punto, cen-

tral en el eje humano que el hombre posee, trazan la línea de conducta, que se pierde en el infinito, en un más allá inabordable: la senda de los perfectos.

Amor y conveniencia, mezcla inteligente, cuya fórmula, cuidadosamente sopesada, conocida, es capaz de conducir al hombre al equilibrio de su armonía psicofísica, es decir, hacia la felicidad, de sí mismo y de la especie eugenésia. Instintos de conservación y reproducción que determinan la vida hasta en sus más nimias expresiones.

Y esta fórmula que preconiza el doctor Marañón en su último libro, es la expresión justa de un deseo quizá inaccesible. Inaccesible dentro de nuestro pesimismo multitudinario. Y es que a la multitud, al hombre multitud que gira descompasadamente en torno de un no sabe qué, le está negada la inteligencia. Es víctima del instinto, que le hace caminar a ciegas—como dice el profesor Marañón—tras la satisfacción inmediata de sus exigencias genéticas; encomendando a la Naturaleza la selección de lo destinado a supervivir. Absurda conducta en pugna con el más ligero control intelectual.

Este afán de intelectualizar a la multitud es el que respiran todas las obras sociales del profesor Marañón. *Amor, Conveniencia y Eugenesia* obliga a pensar, a meditar seriamente en el papel que desempeñamos en la obra de la Naturaleza. Enseña a reprimir el instinto, para dejar paso a la inteligencia, que es el galardón específico del género humano. Labor gigantesca que hace que el doctor Marañón se nos aparezca como uno de aquellos cerebros del renacimiento, capaces con su recia personalidad de marcar una huella indeleble en el trayecto de la época. Epoca amarga para nuestro país, en el que un amanecer intelectual intenta sacarlo de la obscuridad en que yace.

En el segundo estudio, *El deber de las edades*, proclama el ideario revolucionario de la juventud. ¡Rebeldía!, que «cuando un mozo no hiere a alguien en su camino es un joven anormal o por ausencia de verdadera juventud o por exceso de sensibilidad social que toca, como dice Spranger, con el más despreciable filisteísmo». El freno en manos del hombre hecho, cuya «obligación debe ser mostrar al de pocos años, con firmeza invariable, cuál es el camino preciso».

Juventud, Modernidad, Eternidad, es el tercer estudio de este interesante libro. Lleno de sutiles observaciones sobre el concepto intelectual de lo moderno—nos fijamos sólo en una parte del estudio—. Acusando a España de ese nefasto amor a lo tradicional que, introduciéndose en los frágiles engranajes del progreso, paraliza la ascensión lenta y continuada hacia el devenir. Desgraciado país el que cae en una estereotipia de sus fórmulas mentales: las del racionalismo moribundo de lo vulgar.

Es preciso sacudir los siglos de lastre que impiden a España navegar sobre las olas del progreso. Y quizá este instante nuestro es la época de nuestro renacimiento, del renacimiento que España no vivió. Un renacimiento moderno, como el que predica el profesor Marañón.

DORA RUSSELL.—Hypatia. Ediciones Avance. Editorial Historia Nueva.

Con este libro de la conocida escritora inglesa Dora Russell inaugura la colección «Avance» su serie de libros escritos por mujeres de todo el mundo.

La idea es espléndida y digna de la atención crítica más alentadora.

El libro *Hypatia* va precedido de un trabajo expositivo de Irene de Falcón. En este prólogo, verdadero mapa ideológico del feminismo, se sitúan en su verdadero lugar los problemas debatidos hoy de la reivindicación feminista.

Hypatia, libro escrito por Dora Russell, en contestación al libro de M. Ludovici, *Lysistrata*, en que su autor habla del problema social y político de las mujeres con marcado antifeminismo, contiene, junto con una visión muy clara de la teoría igualitaria de los sexos, vivo tono de polémica, gracioso movimiento argumental e irónico.

Claro es que libros como *Hypatia* se publican muchos, no sólo en Inglaterra, sino en toda Europa. Pero en España puede resultar incluso atrevido, dada la penuria bibliográfica que sobre la materia tenemos. La parte destinada en *Hypatia* al comentario de los derechos políticos de la mujer son de gran interés y, sobre todo, de actualidad permanente en España.

ANTONIO MARICHALAR.—Riesgo y Ventura del Duque de Osuna. Colección de «Vidas de españoles del siglo XIX». Espasa-Calpe. Madrid.

Nuevo volumen de la colección de «Vidas de españoles del siglo XIX» y nuevo acierto.

A Carlos VII, Duque de Madrid, del conde de Rodesno, sigue este duque de Osuna, interpretado a maravilla por Antonio Marichalar, joven escritor de merecido prestigio en el panorama literario.

La interpretación de un tipo tan vacío de contenido espiritual como aquel Mariano Téllez Girón, aristócrata rancio, multimillonario, embajador, general, político, etc., presentaba un cúmulo de dificultades psicológicas y literarias, nada llanas de vencer.

Por el lado de las dificultades de puro estilo, no había cuidado. A Marichalar le sobra dominio técnico y temperamento de escritor para superar aquellos obstáculos. El libro lo demuestra una vez más. Es un libro admirablemente, magníficamente escrito. A la moderna, pero sin eludir ningún problema esencial—normativo, estructural, anecdótico—de la novela. De la novela y de la escrupulosa biografía.

El peligro estribaba—lo repetimos—en la manera de tomar el caso Osuna. Y aquí es donde Marichalar manifiesta rara perspicacia, profundidad. Con delicado y compasivo desdén, aparta a un lado el vacío maniquí espectacular lleno de cruces, títulos y honores. En cambio, subraya su verdadera grandeza en el hecho de la prodigalidad inaudita, que empezó a siluetar la magnitud del duque, precisamente cuando murió arruinado.

NOVEDADES

Las nacionalidades.

Pi y Margall. Este libro, que es la obra cumbre del gran político, contiene toda su ideología y expone las razones que apoyan el principio federalista. MUNDO LATINO, 7,50 pesetas.

Cuando ya esté tranquilo.

Eugenio d'Ors. Páginas en que la ideología y la poesía se funden en claras imágenes lacónicas. Primer volumen de la colección del mismo autor: *Orbis Pictus*. RENACIMIENTO, 5 pesetas. Encuadernado, 6 pesetas. Por suscripción, 4,50 y 5,50 pesetas.

Teatro.

Azorín. Contiene este volumen: *Old Spain, Brandy, mucho brandy, Come-lia del Arte*. Las tres obras más discutidas y de mayor resonancia teatral de estos últimos tiempos. RENACIMIENTO, 5 pesetas.

Salón de estío.

Benjamín Jarnés. Segundo volumen de los cuadernos de LA GACETA LITERARIA. Han aparecido hasta ahora: *Círculo imperial* de **E. Giménez Caballero**, y *Novísimas greguerías*, de **Ramón Gómez de la Serna**. 4 pesetas.

Mío Cid Campeador.

Vicente Huidobro. Ilustraciones de **Ontañón**. La biografía del Cid expuesta en forma poemática, con el interés y la emoción de una auténtica novela. **Compañía Iberoamericana de Publicaciones**, 15 pesetas.

Fantasmas.

W. Fernández Florez. Ilustraciones de **Salvador Bartolozzi**. Contiene este volumen una colección de cuentos fantasmales, donde lo fantasmal se vuelve del revés para dar una impresión humorística y cómica en extremo graciosa. **Compañía Iberoamericana de Publicaciones**, 15 pesetas.

Panoramas mejicanos.

Horacio Blanco Fombona. Quien desee penetrarse de Méjico, particularmente de su actualidad literaria y política, debe leer este libro, colección de agudos ensayos imparciales. RENACIMIENTO, 5 pesetas.

Don, residente en, provincia de, calle, núm., desea le remitan los libros siguientes:

cuyo importe de pesetas pagará contra reembolso al recibir el pedido.

Fecha:

Firma:

Príncipe de Vergara, 42 y 44.—MADRID

COMPAÑÍA IBEROAMERICANA DE PUBLICACIONES. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados, 46 y plaza del Callao, 1, Madrid; Librería Barcelona, ronda de la Universidad, 1, Barcelona; Librería Fe, Isaac Peral, 14, Cartagena; Librería Fe, Mariano Catalina, 12, Cuenca; Librería Fe, Larra, 8, Jerez; Feria del Libro, Exposición Iberoamericana, Sevilla. En Tanger, antigua calle del Banco de España. En Buenos Aires, Florida, 251.

15838. 53742. 13816. Llame a uno de estos teléfonos. Recibirá el libro que desee sin recargo alguno.

La quincena internacional

EDITORIAL

LA LIMITACION DE ARMAMENTOS

Ya va suficientemente adelantada la Conferencia de Londres para poder augurar sobre su resultado. Aunque tal vez no hubiera sido necesario esperar a este momento para hablar, porque ayer se hubiera podido decir lo mismo que hoy. Pero existía en los primeros momentos la esperanza de que la Conferencia se desarrollase en un ambiente favorable al desarme y capaz de producir posteriores resultados beneficiosos. Y esa esperanza permitía abrigar un pequeño optimismo, hoy ya desechado.

La Conferencia ha servido para destacar los imperialismos. No se limitarán los armamentos sino aparentemente. Y, en cambio, se han producido descontentos que pueden producir efectos negativos para el resultado total del desarme de Europa.

Porque el balance de la reunión de Londres se anticipa sin miedo a error. Norteamérica e Inglaterra llegarán a un acuerdo, al suyo: a poseer el dominio de los mares y a limitar sus gastos, ruinosos de haber continuado la carrera de los armamentos. Este acuerdo será, naturalmente, a costa del Japón, que de ninguna manera puede conformarse con el límite del tonelaje que se le señale, y a costa de Francia e Italia, que se verán en libertad y casi en la obligación de construir una flota mucho mayor de lo que sus posibilidades les permiten.

Ha sido, por lo tanto, completamente inútil la reunión, si no se quieren extremar las buenas intenciones a creer que se ha evitado que en el porvenir una marina excesiva y demasiado costosa pueda ser motivo de guerra. Optimismo sin base, porque la guerra futura, o su fantasma, ha sido lo que ha dominado en el ánimo de las cinco potencias reunidas.

Los cinco imperialismos no han ido a desarmar, ni siquiera a limitar sus armamentos. Han ido a Londres en busca de la situación menos desfavorable ante la posibilidad de un próximo conflicto.

Y el deseo de los pueblos, para quienes la pasada guerra fué una dolorosa enseñanza, no se limita a lo que han conseguido o tratan de conseguir los Gobiernos. Quiere el desarme, total si es posible, y no se conformará con fórmu-

las más o menos hábiles que lo eludan.

Pero esta reunión tiene también su enseñanza: la de que es inútil hablar de desarme efectivo mientras el desarme moral no esté en el pensamiento de todos los gobernantes y, por lo tanto, nadie se dejará engañar en lo sucesivo.

INFORMACION

LA CONFERENCIA NAVAL

«Chi va piano...» Acaso sea, en efecto, preferible esta apresurada lentitud de la Conferencia. Al menos, se vive de la esperanza. De todas las proposiciones, contraproposiciones, métodos, sistemas, confrontados con miras a un acuerdo transaccional, algo ha de salir. Pero importa mucho al vulgo, que paga por los gastos de la Conferencia, como paga por la elaboración de los programas navales y paga la cuenta de las construcciones, que ese algo signifique un mucho en la reducción de este conjunto de facturas. Aparte el alivio en su hoja de contribuciones, el «pagano medio» sabe que disminuirían paralela y conjuntamente los riesgos para la integridad de su persona. Mientras no se acepte la única proposición cuerda y razonable: que las guerras las hagan profesionalmente los técnicos militares y navales, en «champ clos», en espacios limitados y puestos a su disposición exclusiva para experimentación de sus tácticas, méritos y artefactos respectivos, no habremos adelantado mucho en el terreno del desarme. Y tendremos que limitarnos —como ahora— a observar con un poco de aburrimiento cómo se resuelve este problema de limitar sin reducir más de lo inevitable, y en todo caso haciendo más «eficaz» y perfecto el material mortífero.

Entre la fórmula francesa de limitación global del tonelaje y la fórmula inglesa de limitación por categorías, se está haciendo a modo de un «cocktail», mitad y mitad. Se vislumbra ya la fórmula mixta de avenencia: limitación global con fijación elástica de las categorías, a fin de permitir —mas sólo en casos determinados y públicamente expuestos— la transferencia de una categoría a otra.

La división sería la siguiente: a) acorazados de más de 10.000 toneladas, con artillería mayor de ocho pulgadas; b) cruceros rápidos con cañones de más de seis pulgadas; c) destructores y cruceros pequeños; d) submarinos; e) portaaviones; f) barcos destinados a la colocación de minas y auxiliares. Esta es la fórmula francesa, que la enmienda británica ha de modificar en el sentido de limitar la transferencia casi únicamente a los barcos ligeros (cruceros y destructores) y evitar que se efectúe de arriba abajo y en modo que aumentase la potencia ofensiva de la Marina respectiva.

Aun resuelto este punto—sobre el cual queda por conocer la opinión de los Estados Unidos, si bien se cree favorable—, subsiste la espinosa cuestión de las proporciones. La paridad angloamericana está aceptada por ambos interesados. La paridad francoitaliana—mera disputa teórica, pues Italia no puede seguir el paso de Francia en el estado actual de su Hacienda— queda como obstáculo en el camino. ¿De qué modo se va a sortear? Quizás un poco al estilo Ollendorff. Porque lo que Italia pretende no es construir—ni puede—, sino que se reconozca su alto prestigio. Las dictaduras viven del prestigio, como los simples mortales del aire. Y ocultan, como en este caso, sus fracasos económicos o sociales con «victorias» teóricas de relumbrón. Es un absurdo; pero puede ser un resquicio para llegar al anhelado acuerdo.

Sisley Huddleston cree que, tras todas las discusiones y regateos, se llegará a establecer la siguiente proporción para los grandes cruceros, y, sin duda, también para la flota submarina:

Estados Unidos...	18
Gran Bretaña...	15
Japón...	12
Francia...	9
Italia...	6

La escala parece plausible. Se va a prolongar seguramente la vida de los acorazados, y se prevé el acuerdo de no sustituir ninguno de los existentes antes de 1936. Esta medida, por sí sola, supondría un ahorro de 40 millones de libras al exhausto contribuyente inglés, y de 400 millones de dólares al acomodado contribuyente norteamericano.

En resumen: la Conferencia de Londres va a resolver, sobre todo, dos cosas: fijar los diversos programas navales hasta 1936 y establecer una serie de normas que podrán ser útiles a futuras Conferencias del Desarme. Porque en modo alguno se trata ahí de desarme. Limitación —conservando cuidadosamente las proporciones relativas—; reducción—un poco, mucho menos de lo que la salud del mundo requiere—; y un paso adelante en el camino de la razón.

Pero la verdadera pauta la sigue dando Dinamarca, potencia naval y civil, ausente del Palacio de Saint James.

¿OFENSIVA ANTISOVIETICA?

Durante esta quincena se han producido hechos que, si se consideran aislados, pueden apreciarse como meros síntomas de animadversión contra Rusia; en conjunto, estableciendo una elemental concatenación, denotan algo más. Algo que los pacifistas (lo cual no quiere decir balantes borregos de la «paz social», contra lo que parece creer un distinguido compañero heraclidista), que los pacifistas sensatos y resueltos de Occidente deben apuntar y observar con alguna atención.

La misteriosa desaparición del ex general — colaborador del odioso Wrangel—Kutiepof, en París, ha dado lugar a una serie fantástica de reportajes y delaciones, que dicen mucho en favor de la imaginación de sus autores, sobre todo si se considera el lado cómico de aquel diluvio de policías por afición. Pero también ha servido de motivo a una campaña de tono violento contra la representación diplomática de Rusia en el extranjero.

La resolución de mis Ellen Wilkinson en el Parlamento británico ha permitido asimismo a las fuerzas de la City, por boca de sir Hilton Young, expresar su odio frío y concentrado contra la nueva Rusia. ¿Qué importan los obreros sin trabajo y la decadencia del comercio británico? Ante todo y sobre todo están los santos principios, inatacables, del catolicismo capitalista.

Creo, con toda sinceridad, que miss Wilkinson se hace excesivas ilusiones sobre las posibilidades del comercio con Rusia, en las circunstancias actuales. La experiencia alemana puede servir de advertencia contra esperanzas exageradas. Pero sirve también para demostrar el error costosísimo de la Gran Bretaña al ignorar voluntariamente la economía rusa. No es Rusia, tal vez, la Tierra de Promisión que cree Ellen Wilkinson.

Es un cliente formidable, y tiene razón al demostrar lo absurdo y suicida de la actitud adoptada por la gran industria británica. Esto es lo menos que puede decirse.

Finalmente, la sentencia absolutoria

del Tribunal de Berlín en el asunto de los falsos chervonetz es francamente escandalosa. Si el príncipe de Windisch Graetz y sus cómplices húngaros fueron meros criminales de derecho común cuando falsificaron los billetes del Banco de Francia—pese a los móviles políticos que invocaron—, ¿cómo eximir de toda culpabilidad a los georgianos «patriotas» y—de rechazo—a sus «patrióticos» cómplices y protectores, generales y financieros, cruzados del «orden», de la moral y del petróleo, que han cometido exactamente el mismo delito e invocan los mismos móviles de alta política?

¿No ven los defensores del orden social lo peligroso de su doctrina? Si todo hecho, considerado comúnmente delictivo, se legitima en cuanto va dirigido contra Rusia, hay un fuerte riesgo de represalias, y otro de que cunda el alto ejemplo entre quienes venían creyendo en la solidez incondicional del Derecho con mayúscula.

RESONANCIAS

En medio de la atmósfera favorable, con todo, a las reducciones, el *Daily Telegraph* quiso arrojar una de sus bombas de mano—de segunda mano en esta ocasión—, con el fin piadoso, quizás, de frenar un tanto la actividad reductora. Lenta para nosotros, parece temeraria a los «die-hards». Cuestión de ángulo.

El *Daily Telegraph* logró conmover la atmósfera londinense durante veinticuatro horas. ¡España, ausente de la Conferencia, preparábase al asalto de la su-

premacia naval, o casi! ¡Mientras deliberaban los delegados de cinco naciones para reducir sus programas, España había comenzado ya la realización de un plan formidable! ¡Acorazados de 25.000 toneladas, con cañones de 12 pulgadas!

Los demás periódicos ingleses pidieron apresuradamente detalles y confirmación a sus corresponsales en España. El ministro de Marina, después de jugar un poco al escondite para subrayar la importancia de sus funciones ocasionales de oráculo, tomó un aire misterioso y dictó respuestas indeterminadas, a lo normando. No era cierto—aún—; pero, ¿quién sabe? Había un proyecto de la Escuela Naval en estudio. En fin...

En fin, nada; los temibles acorazados no pasaban—aún—de barcos-papel.

Luego cayó la Dictadura, cayó el ministro de Marina. No sabemos si caerán también en los cartones los flamantes proyectos.

Sigo creyendo en el Evangelio naval según Dinamarca.

Los socialistas alemanes han dado también un buen ejemplo, al oponerse de modo resuelto a la construcción del segundo crucero *Erzaty Preussen*. Su argumento denota buen sentido político y buen sentido a secas: la construcción de esos barcos puede alarmar a los técnicos (léase profesionales de la alarma) franceses y, por ende, perjudicar el buen éxito de la Conferencia de Londres.

LIBROS DE ACTUALIDAD

Francisco Cambó:

LAS DICTADURAS (3.^a edición), 4 ptas.
EN TORNO AL FASCISMO ITALIANO, 4 ptas.

Alvarez del Vayo:

LA NUEVA RUSIA (2.^a edición), 5 ptas.
LA SENDA ROJA, 5 ptas.
RUSIA A LOS DOCE AÑOS (2.^a edición), 4 ptas.

Ramón Latre:

POR QUE EL ESPAÑOL NO HA LLEGADO A MAS, 4 ptas.

Fabra Rivas:

ORIGEN Y CARACTER DEL MOVIMIENTO LABORISTA, 5 ptas.

Wells:

SALVAMENTO DE LA CIVILIZACION, 5 ptas.

Fernando de los Ríos:

MI VIAJE A LA RUSIA SOVIETICA, 6 ptas.
VIDAS DE ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX.

PUBLICADO:

MARQUES DE VILLA-URRUTIA: «El general Serrano».
BENJAMIN JARNES: «Sor Patrocinio, la monja de las llagas», 5 ptas.
ANTONIO ESPINA: «Luis Candelas, el bandido de Madrid», 5 ptas.
A. MARIQHALAR: «Riesgo y ventura del Duque de Osuna», 5 ptas.
CONDE DE RODESNO: «Carlos VII, Duque de Madrid», 5 ptas.

EN BREVE:

Eugenia de Montijo, por VILLA URRUTIA.
Zumelacarregui, por JARNES.
Paul y Angulo, por ESPINA.
Espronceda, por MARIQHALAR.
Pablo Iglesias, por MORATO.

ESPASA-CALPE, S. A. CASA DEL LIBRO

Avenida Pi y Margall, 7.—Apartado 547.—MADRID

INFORMACION LITERARIA ALEMANIA

Discos literarios

Eso del «disco», que había sido una figura retórica, comienza a ser ahora una expresión literaria auténtica; en Alemania se están impresionando a toda prisa discos de literatura; entre otros menos notables, acaban de aparecer: Tomás Mann, artículo de fondo de un periódico y discurso a la juventud; Gottfriede Benn, discurso necrológico; Alfredo Kerr, rectificación de poemas.

La realidad que no era nueva

Joseph Roth ha publicado una viril proclama contra lo que ha llamado «Neuen Sachlichkeit», en la que dice que no se puede volver a hablar de ese sarampión intelectual, ya muerto. «La nueva realidad ha sido un sueño de enfermo—agrega—; no es ya realidad lo que se hace con una voluntad enferma.» Lo que no saben en Alemania es que en España hay quien se ha hecho «dos tontos» para imitar la enfermedad, cuando los alemanes ya la sobrepasaron.

Otro libro de guerra

Acaba de aparecer *Sperfener un Deutschland*, escrito por Wernes Beumelburg, que se saluda, ahora, como el más puro libro de guerra, el menos literario y el menos efectista.

Teatro para niños

Se ha fundado en Berlín un ensayo de teatro para niños a imagen y semejanza de la gran organización escolar rusa de teatro infantil. Teatro armado con dos elementos: imaginación e ilusión.

La intendencia de los teatros del Estado

Lessner, el hábil teatrarca que se disputó con Reinhardt el cetro del teatro esteticista alemán, el que armó como obras de propaganda socialista el *Hamlet*, el *Edipo*, etcétera, acaba de ser obligado a abandonar la intendencia, que desempeñaba hace diez años, de todos los teatros del Estado de Berlín.

PASÓ LA DICTADURA

por

ANTONIO ESPINA

Pasó la Dictadura, como un mal sueño. Como una pesadilla incoherente, entre grotesca y dramática. El alborozo general que ha producido su derrumbamiento es algo bien sintomático, que no debe perder de vista el nuevo Gobierno, al cual le concede el país un amplísimo—previo—crédito de confianza y apoyo.

SUSCRIBASE A "NUEVA ESPAÑA"

«No ha sido una Dictadura cruel», afirman los eternos bobalicones del papanatismo nacional. Pero, ¿acaso era posible? ¿Cien años no iban a invalidar las vetustas truculencias de un conde de España, de un Calomarde? Ciertamente, Primo de Rivera no parece tener el temperamento trágico de esos personajes sanguinarios; pero—insistamos en ello—*tampoco le hubiera sido posible en nuestra época proceder como aquéllos*. Por otra parte, la violencia no siempre adopta el aire pintoresco y espectacular de la efusión de sangre y del homicidio. Existen otras formas de violencia mansas, terribles, desgarradoras de la conciencia colectiva y aun de la dignidad individual.

De esta clase de violencias no ha prescindido la Dicta-

dura ni un solo momento. La Dictadura hizo trizas la Constitución, las leyes, el Derecho, los reglamentos de instituciones de cultura oficiales y privadas, los contratos jurídicos. Pisoteó elementales derechos de ciudadanía. Amordazó la Prensa en pleno, casi sin excepción. Creó una Prensa vil y asalariada a su servicio. Escarneció a la Universidad y a los intelectuales, disolvió a puntapiés las Asociaciones políticas.

Desterró e inhabilitó profesionalmente a cualquier adversario político.

Al derrumbamiento de todo ello ha asistido España entera con emoción visílima, con magno regocijo. Crédito amplio de compenetración y apoyo ha abierto, con rara unanimidad al nuevo Gobierno, confiando en las espléndidas promesas de éste. El retroceso ya sería imposible.

Lea "NUEVA ESPAÑA"

En esa confianza coincidimos todos, incluso los más ardientes liberales de España. Pero no queremos regatear en esta hora de lucidez nuestra *previa* asistencia a una situación que, por lo pronto, ostenta en su programa dos propósitos básicos: retorno a la normalidad constitucional y puras y limpias elecciones generales.

EL 11 DE FEBRERO

Se ha celebrado en toda España, con gran entusiasmo, el aniversario de la República. En Madrid nos reunimos en banquete de fraternidad republicana.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

La presidencia la ocuparon los señores Salmerón (Nicolás y José), Angel Galarza, en representación de los abogados republicanos; Azaña, por el grupo de Acción Republicana; Pi y Suñer, por los federales; Lerroux, por los radicales; Castrovido, por la Prensa republicana; Albornoz, por el partido radical-socialista; Arauz, por el Círculo Federal, y D. Fernando Lozano.

Entre las adhesiones figuraba la de Marcelino Domingo.

Hablaron después Azaña, Galarza, Arauz, López Rey—en nombre de los estudiantes—, Nicolás Salmerón, Albornoz y Lerroux.

Lerroux hizo un gran discurso analítico y fuerte. Alvaro de Albornoz fijó, de manera clara y precisa, la situación actual de las izquierdas y el camino a seguir.

Lea usted "NUEVA ESPAÑA"

Muchas cosas dijo Albornoz que habrán de tenerse presentes en la próxima actuación del partido.

Imprenta ARGIS

Altamirano, 18 + Madrid

Teléfono 40505

Cosas del vetusto "Heraldo"

Hasta hace poco podíamos creer que no existía en España más censura de Prensa que la censura oficial. Ahora ya sabemos que existe otra, ejercida de continuo por un periódico que se llama—por burla, sin duda—liberal: *Heraldo de Madrid*.

Cierto que el pequeño despotismo de tan venerable diario no alcanza grandes proporciones. Se limita a aplicar la «técnica» del «silenciamiento» sobre todas aquellas personas que considera desafectas al periódico o a sus empresarios y caciques.

Prueba plena de tal proceder acaba de darla con motivo de la celebración republicana del 11 de febrero.

Todo el mundo sabe—menos los lectores de *Heraldo de Madrid*, naturalmente—que en el banquete de la Bombilla pronunciaron sendos discursos los señores Azaña, Salmerón, Galarza, Arauz, López Rey, Albornoz y Lerroux. Todos los sabemos, porque toda la Prensa española, salvo *Heraldo*, cumplió con sus deberes de informadora veraz, de seriedad y respeto al público, dando a conocer (después de pasado por el tamiz de la censura oficial) cuanto ocurrió en aquel acto.

Heraldo de Madrid, dispensándose a sí mismo de tales obligaciones, ha silenciado en absoluto los nombres de los señores Azaña y Albornoz. ¡Como si ambos no hubiesen

asistido al banquete! ¡Como si ambos no hubieran abierto el pico, por cierto, con notable eficacia y aplauso de la concurrencia! Además, el Sr. Azaña ostentaba la representación de un importante grupo político: la Acción Republicana. Y el Sr. Albornoz, la representación de otro sector del republicanismo: el radical-socialista.

Pero, ¿qué le importa a *Heraldo de Madrid* todo ello? Para *Heraldo de Madrid*, lo primero es satisfacer sus infelices deseos de venganza, obrar conforme a su lista negra, poner en juego el putrefacto sistema *periodístico* del toma y daca, tan acreditado en los periódicos «sapos» del siglo XIX.

Los nombres de Azaña y Albornoz figuraban y figuran en aquella lista negra. ¿Saben ustedes por qué? Pues porque esos señores, en unión de otros muchos y calificados intelectuales de Madrid, firmaron una protesta contra la fea conducta seguida recientemente por el periódico aludido respecto a un ilustre escritor.

Protesta, repulsa digna, que será necesario reforzar y mantener si continúa *Heraldo* con sus desaprensivas maquinaciones.

Aunque no sea más que para enterar al público de cómo entiende el viejo y casado diario sus deberes periodísticos, y a la opinión liberal, de cómo colabora en la obra de las izquierdas, cuya ideología afirma sustentar.